



LEPRA VERDE

Jeff Lassiter





Terror

© Jeff Lassiter

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Publicación semanal,
aparece los viernes.

Printed in Spain

D. L. M. 36.475-1972
I. S. B. N. 84-04-01167-2

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

JEFF LASSITER

LEPRA VERDE

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

1

capítulo

EL yate Single Star abandonó el puerto de Seattle al amanecer del día ocho de Marzo del año 1962. Era una hermosa embarcación de doscientas toneladas de desplazamiento, recién construida, con potente motor que le permitía una velocidad superior a los treinta nudos-hora. Estaba dotado de cuanto una embarcación de tal tipo suele considerarse que debe llevar, no se había escatimado el dinero para ello.

A bordo del “Single Star” iban siete personas, mejor dicho, los pasajeros eran siete, tres los tripulantes. El millonario papelerero Howard Ruskin, propietario de la nave, su ex segunda esposa, Arlena, una antigua modelo de alta costura y “star” del cine de tercera fila; Tom Philbrook, el abogado de Los Ángeles, especializado en líos de amor; Donna Martin, la famosa columnista, especializada en escándalos; Mike Halloran, el joven y superinteligente director de “Brands Co.”, inversiones inmobiliarias y valores de bolsa, ya se sabe; Judith Mc Namara, la conocida heredera; y finalmente, Gastón Châtel, la última “revelación” del cine galo trasplantada a U.S.A. a golpe de dólares. Todas las mujeres saben quién era Gastón Châtel, al menos las que entonces eran jóvenes.

La tripulación estaba formada por Robert A. Melford, antiguo oficial de la “Navy”, y dos marinos avezados, seleccionados por él, gente segura y competente.

El propósito de los embarcados en el “Single Star” era realizar un viaje de vacaciones, pescar y todo lo demás que suele hacerse a bordo de tales naves por la gente que las utiliza. Tomaron el rumbo de las islas Hawái...

Y desaparecieron.

Literalmente, desaparecieron en la inmensidad del Pacífico Norte. Durante cinco días, después de su partida de Seattle, el “Single Star” se comunicó regularmente con el mundo, pues su propietario no podía abandonar, así como así sus negocios. La última posición que dio el “Single Star” lo situaba sobre la Escarpadura de Mendocino, a los 140°, 8', 19", de longitud Oeste y 34°, 11', 23" de latitud Norte. Los partes meteorológicos señalaron que aquel día y los siguientes un súbito temporal duro, del noreste, puso en serio peligro a algunos de los barcos que navegaban por aquella zona y provocó, al menos, el naufragio de uno.

Con toda seguridad, también el del “Single Star”, pues nunca más

volvió a saberse de él. Dada la calidad de su pasaje hubo el suficiente revuelo como para que más tarde se cribara una vasta zona marítima en busca de alguna huella del yate desaparecido, pero todo fue inútil. Hubo que rendirse a la evidencia, el “Single Star” yacía en el fondo del océano, con todos cuantos iban a bordo de él.

Diez años más tarde nadie se acordaba de aquella tragedia, una más entre tantas como ocurren a diario en el mar o en la tierra. Si acaso, de tarde en tarde alguien desempolvaba el viejo recuerdo para mencionar a alguno de los entonces desaparecidos. De hecho, ninguno de ellos dejaba una familia que hubiera resultado agobiada por su desaparición, lo cual, en otros casos, incluso había provocado alegría en más de uno.

El once de Junio de 1972, un transporte de la “Navy”, en ruta de San Diego a Indochina debió afrontar otro de esos súbitos, tremendos, ciclones del Pacífico Central. Lo capeó bien, pero sufrió algunas averías. También se vio fuertemente derivado de ruta. Era el amanecer del día siguiente cuando, entre las brumas y la mar dura, vio surgir unos escollos, bajos, a proa. No hubo tiempo de rectificar el rumbo, el transporte encalló.

No hubo verdadero naufragio. El barco avisó su posición y rápidamente llegaron otros en su ayuda, que lo pusieron a flote sin demasiadas dificultades, llevándoselo luego, remolcado, a Guam. En el ínterin, hubo tiempo para llegarse a una isla pequeña, rocosa y poco arbolada, a la que rodeaban los arrecifes. Aquella isla estaba apartada de todas las rutas, navales o aéreas, aislada en la inmensidad del Pacífico Central, a unas mil quinientas millas al sureste de las Hawái y otro tanto al este-noreste de la isla Palmira, aunque constaba en las cartas marinas nadie, que se supiera, iba nunca a ella para nada, nunca estuvo habitada, carecía de todo valor, perdida en uno de los “agujeros” del océano. Aproximadamente una milla cuadrada de superficie, una mota minúscula en el inmenso Océano Pacífico.

Allí estaba la clave de la misteriosa desaparición del “Single Star”.

Fue hallada por el oficial Simms y los cuatro hombres que con él fueron a tierra, autorizados por el capitán del transporte, a investigar las posibilidades de la isla por si se ponían feas las cosas a bordo. Y fue, ciertamente, una tremenda cosa lo que hallaron. Algo increíble. Una mujer blanca, totalmente desnuda y totalmente loca, también un cuaderno de notas con tapas de plástico. Había otras cosas, que formaban parte de la historia.

Una historia espeluznante que estaba relatada con todo detalle en las hojas del cuaderno de tapas de plástico, al menos hasta que en la isla solo quedaron dos personas, una de ellas quien escribió todo aquello antes de morir.

Simms y sus hombres tuvieron sus problemas para reducir a la mujer loca y desnuda, que se comportó como un verdadero animal salvaje. Hubo

gran conmoción cuando la trasladaron a bordo, pero el capitán ordenó encerrarla en un camarote, bajo llave. Luego se puso a leer lo escrito en aquella libreta.

A su debido tiempo, y con las debidas precauciones, la loca náufraga fue conducida primero a Guam, luego en avión directamente a San Diego, donde sus padres y hermanos la esperaban. Fue una operación tan secreta como si se tratara de algo militar. Desde Washington había llegado la orden para ello.

Por eso no hubo ninguna publicidad en torno al asunto. Los únicos que conocían la verdad, oficiales de la Marina, recibieron orden tajante de callar. La cosa no era para menos, aireando aquella historia nadie iba a ganar nada y un senador, un almirante, otras personas importantes, veríanse envueltas en el morbosos escándalo.

Judith Mc Namara fue enjaulada en una de esas instituciones especiales para dementes adinerados que abundaban en todos los países civilizados y colocada en manos de un muy competente equipo de especialistas que intentaron su curación. Fue todo inútil, porque su organismo habíase adaptado a la vida salvaje y solitaria de aquella isla maldita, no pudo reasimilar la civilización. Murió cuatro semanas después de su internamiento, de una extraña, espeluznante enfermedad. Viva, se fue desintegrando, como se desmorona algo que está totalmente roído por dentro. Una especie de lepra le fue haciendo caer a pedazos la carne putrefacta, los huesos color de pus que se deshacían al tocarlos con las pinzas asépticas. Perdió las extremidades así, siguiendo viva. Y no parecía dolerle. Su espantosa agonía duró setenta y dos horas. Dos avezadas enfermeras no la resistieron, hubo que relevarlas y hospitalizarlas con sendas crisis nerviosas. También uno de los médicos falló, y era un “duro”.

Le quedó, al morir, una espantosa mueca en un rostro que fue, a su vez, desintegrándose bajo la mirada incrédula, horrorizada, de los médicos. Grandes especialistas, y no precisamente en enfermedades mentales, venidos de lejos a presenciar aquello con esa no menos horripilante, aunque necesaria, crueldad de los científicos.

No se permitió a sus parientes ver el cadáver, mejor dicho, los restos de Judith Mc Namara. Se les dijo que habían sido incinerados y se les entregaron sus cenizas. Eran las de otro ser humano, uno de tantísimos vagabundos innominados como hay en todas partes. Lo que quedó de Judith Mc Namara fue trasladado, con gran lujo de precauciones y el máximo secreto, a un centro oficial de investigación biológica que dependía directamente del Pentágono.

Desde Junio de 1972, un barco de guerra de los Estados Unidos vigila constantemente, día y noche, la isla donde encontraron a Judith Mc Namara. Es un barco pequeño, pero con una tripulación muy especial que se releva cada mes, llegando desde Guam en otro navío del mismo tipo;

“Top Secret”...

Cuando los miembros de esas tripulaciones van a esa isla usan un equipo muy semejante al de los astronautas y al menos tantas precauciones como ellos. Saben lo que podría sucederles si cometieran algún error, pero aún ignoran, y los científicos, qué es, exactamente, lo que causó la horripilante muerte de Judith Mc Namara, la de sus compañeros de infortunio.

Simms y los que con él estuvieron en la isla y tocaron a Judith Mc Namara, están sometidos a constante vigilancia, deben someterse a un exhaustivo chequeo cada quince días, dar parte inmediatamente de toda molestia, por pequeña que sea, que puedan notar. Naturalmente ignoran a qué se debe tanta precaución, pero lo cierto es que sus nervios van fallando. Habrá que internarlos, cualquier día.

Es el gran miedo que reina en algunas altísimas esferas. Que aparezca en cualquiera de ellos la “lepra verde”, nombre con que se designa la misteriosa enfermedad que liquidó físicamente a Judith Mc Namara en setenta y dos horas, antes de que los científicos y médicos que están tratando con ahínco de encontrar su secreto y un antídoto para ella logren su objetivo. Pues entonces la Humanidad podría verse abocada a otra Peste Negra.

2

capítulo

HASTA entonces todo se había desarrollado normalmente, con lo que podía denominarse “normalidad” dadas las características personales de la gente que iba a bordo. Dalton Fraser, sin embargo, tenía la impresión de navegar dentro de un brulote.

Había aceptado aquel trabajo por dos razones: Estaba sin un dólar y necesitaba alejarse de una mujer. Por eso cuando su antiguo primer oficial a bordo del “Hunter” le ofreció aquel empleo vio el cielo abierto y acepto sin hacer demasiadas preguntas. Ahora comenzaba a arrepentirse.

Años atrás, el teniente Melford había sido un excelente oficial, un jefe en el que se podía confiar. Duro cuando hacía falta, pero comprensivo y justo con sus subordinados. El “Hunter” era un barco donde daba gusto servir. Fraser había cumplido en él todo su período de servicio a la Marina, parte del tiempo en las costas de Corea.

Luego volvió a la vida civil. Tenía veinticinco años, creyó que el mundo le pertenecía. El mundo se encargó de desengañarlo muy pronto. Diez años después era bastante escéptico acerca de sus posibilidades de conseguir ninguno de los viejos sueños, también sobre que hubiera mucha gente que hubiera conseguido los suyos privados.

Entonces reencontró a su antiguo capitán del “Hunter” Descubrió que en él se habían cumplido sus pesimistas conclusiones. No estaba ya en la Marina, se licenció. Ahora manejaba el yate de lujo de un millonario. Estaba divorciado, no tenía hijos. Fue todo lo que le contó sobre sí mismo, pero Fraser intuyó que las cosas no le fueron nada bien, tampoco. Parecía bastante más viejo de lo que le correspondía a su edad, había perdido la vitalidad de antaño. Esas cosas les ocurren a los hombres.

Ahora sabía por qué. Demonios, ahora sabía muchas cosas, que de haberlas sabido antes, no habría aceptado aquel empleo. Pero en cuanto llegaron a Honolulu iba a despedirse, no le importaba lo que le dijeran, ni quedarse varado de nuevo.

Miró otra vez al frente. Esto faltaba, iba formándose a toda prisa un ciclón o él no entendía de síntomas tempestuosos. La mar estaba casi negra, el cielo del norte era como una lámina de acero pavonado sobre la cual alzábanse gigantescos torreones sombríos que cambiaban velozmente

de forma. Rachas secas, salvajes, de viento caían súbitamente desde allí, azotando la superficie del océano y levantando olas de varios metros que a duras penas podía el ligero yate cortar, que lo alzaban como si fuese de papel sumiéndolo de inmediato en abismos verdinegros. Iban a tener pronto un baile de todos los diablos...

Melford llegó a relevarlo al timón, era la hora. Venía tan impasible como siempre, pero Fraser ya sabía leer en su mirada, como lo supo antaño. Se preguntó una vez más cuáles serían los pensamientos de un hombre al que su mujer ha traicionado, poniéndole los cuernos públicamente, destrozándolo en todos los sentidos, y que al cabo del tiempo vuelve a encontrársela a bordo del barco que él manda, como invitada del propietario y amante oficial de otro tipo.

—¿Cómo va eso, Dalt?

—Infernalmente, capitán. Se nos echa encima una borrasca de todos los diablos o yo no entiendo palabra de tormentas en el mar.

Melford estaba mirando el barómetro. Había bajado de un modo brutal en la última hora. Y seguía bajando. Pero él, Melford, había sido uno de los más competentes capitanes de la “Navy” años atrás. Claro que no es lo mismo mandar un destructor de tres mil toneladas que un yate de doscientas...

—Vaya a comer algo y tomar un trago, pero no se acueste. Diga a Pitt que también se mantenga alerta. Seguramente les necesitaré luego.

—Sí, señor. Podríamos radiar nuestra posición...

—Lo haré yo ahora. Descanse un rato.

Un marino sabe cuándo debe callar y obedecer órdenes. Fraser se fue a popa donde tenían su alojamiento él y el otro marinero. Al pasar, fatigosamente porque la mar cada vez más hosca bamboleaba el yate de un modo brutal, por delante de la superestructura central, echó una ojeada por uno de los ventanos ahora herméticamente cerrados. Pero no pudo ver gran cosa. Seguramente todos aquellos debían estar pasándolo mal ahora. Se alegraba...

Allí dentro no estaban pasándolo muy bien, en efecto. Dos de las mujeres y dos de los hombres habíanse ido ya a sus camarotes, afectados por los bandazos y el recién iniciado temporal. Quedaban tres valientes en el saloncito.

Ruskin blasonaba de marino. De hecho, era uno de esos hombres de tierra adentro que viven ilusionados, obsesionados, por el mar. Él no lo había visto hasta que la guerra le dio oportunidad de alistarse voluntario en la Marina, pero llevaba el veneno en la sangre y lo demostró cumplidamente. Terminada la guerra volvió a sus montañas y su pequeña ciudad, al aserradero de su padre. Pero también era uno de esos americanos que son paradigmáticos, simbólicos. En ocho años convirtió su pequeña industria en una poderosa empresa papelera, a los treinta y cinco

contó su primer millón de dólares, a los cuarenta y tres poseía ya una veintena largos. Entonces se hizo construir este yate, poniendo en él toda su ilusión de navegante frustrado. Tenía a gala el no marearse nunca y ahora estaba jactándose de ello como se jactaba de otras muchas cosas.

—Vamos a afrontar una buena zarabanda, sin duda. Confío en veros a todos echando las tripas antes de que cierre la noche.

Michael Halloran era la antítesis de Ruskin. Procedía de Harvard y de dos orgullosas familias de Nueva Inglaterra, era el benjamín de los suyos por edad y tenía toda la apariencia, la presencia, de un orgulloso “baronet”. También era virilmente guapo, incluso más que el propio Gastón Châtel. Duro como el acero, excelente deportista, implacable en todo y con todos, la soberbia personificada, pero, eso sí, dotada de exquisita educación. Ya era rico en la cuna, pero en media docena de años, con su “Brains Co.”, había hecho una veintena de millones sin demasiado esfuerzo. No se vanagloriaba de eso, lo consideraba tan natural como el respirar. Por qué aceptó la invitación de Ruskin, al que apenas trataba, era un enigma para muchos. Ahora repuso con su fina sonrisa cruel, su cuidada dicción de Harvard:

—Temo que va a serte muy difícil verme hacer eso, Howard. Yo tripulaba embarcaciones por la costa del Maine cuando tenía ocho años y a los doce tuve mi primer yate de recreo, a los catorce mi primer naufragio. Tú no viste agua salada hasta los veinticuatro.

De Donna Martin nadie sabía demasiadas cosas, aunque en apariencia su vida fuese cínicamente clara. Era una mujer guapa, una belleza caliente, agresiva, que golpeaba duro la sangre de los hombres. También era una mujer inteligente, ambiciosa e inescrupulosa. Admitía treinta y dos años, sus innumerables enemigas le calculaban casi cuarenta y probablemente andaba por los treinta y cinco, sin representarlos. Diez años atrás era una desconocida, pero subió como la espuma al convertirse en amante oficial de cierto magnate de prensa especializada, que le permitió llevar una columna semanal de chismes en una de sus publicaciones. Al año ya su columna se publicaba en cuarenta periódicos y revistas de todo el país, cuando dos más tarde rompió todo contacto amoroso, de mutuo acuerdo, con su “mecenas” tras este verle las orejas al lobo con un infarto de miocardio, era ya un poder demasiado fuerte, sabía demasiadas cosas, para ser destruida. Muchos lo habían intentado, sin éxito, desde un principio, pero ella les cerró, con su cinismo fuera de serie, todos los caminos “clásicos”. Utilizó sus propias armas, incluso a veces sus conexiones con elementos de los más peligrosos, para frenar en seco, incluso muy en seco, a quiénes en sus ataques se le volvían peligrosos. Ahora era la amante oficial de Halloran, un tipo que le encajaba perfectamente en muchos sentidos y que acababa de adquirir el paquete mayoritario de acciones de una revista de chismes y similares,

para uso de féminas, situada por su volumen de ventas entre las diez primeras del país, donde Donna publicaba determinadas exclusivas cargadas de veneno y dinamita.

Ella no en balde había sido esposa de un marino de guerra en su juventud. Le contestó ahora con su inimitable voz ronca, buida:

—Eres un gran cerdo, Howard. Pero te vas a quedar sin esa satisfacción.

En efecto, ninguno de ambos amantes parecía ir a vomitar. Ruskin replicó a la columnista del modo rudo que en su juventud usaba con los obreros del aserradero de su padre y las furcias que les divertían a tanto la hora.

—Sé muy bien que tu estómago está acostumbrado a todo.

Bueno, dijo otra cosa y de otro modo. Pero es impublicable en este país.

Donna le tiró a la cara el vaso de bebida que tenía en la mano, como respuesta. Pero entonces llegó de veras la tempestad.

Fue como el zarpazo de un titán. Acabó de golpe con las mezquinas rencillas de los humanos, situándose en su exacta dimensión pigmeica.

El yate fue cogido de estribor por una ola súbitamente alzada en la negrura igual que si fuese el lomo de un animal antediluviano. Millones de toneladas de agua lo golpearon, arrollaron, sumergieron, zarandeándolo dentro de un túnel líquido del que parecían surgir zarpas de monstruos enfurecidos peloteándose igual que a una pavesa...

Ruskin se vio proyectado contra el mamparo que tenía a su espalda y se golpeó duro contra él con ruda imprecación. Halloran maldijo también, perdiendo su serenidad por un instante cuando perdía el equilibrio. La Martin gritó y salió tropicada, lastimándose contra la esquina de uno de los muebles. Luego, los tres tuvieron suficiente con atenderse a sí mismos y su seguridad, agarrándose a algo sólido. Porque parecía como si el yate estuviera a punto de desencuadrarse y arrojarles a todos a los voraces, gélidos, abismos.

Sin embargo, tal cosa no ocurrió. El yate era muy sólido, marinerio, tenía al timón a un hombre avezado. Emergió de la gran ola como un pez, pero para caer casi a plomo con una serie de crujidos escalofrantes, en el profundo seno cóncavo del agua verdinegra. Y al poco hundíase de proa a la siguiente ola, era levantado por ella hasta sacar casi completamente la quilla de la proa al aire, volvía a hundirse...

La danza infernal había comenzado. Cuando Dalton Fraser y el otro marinerio, Pitt trataron de salir de su camarote a popa se vieron impedidos de hacerlo por miles de toneladas de agua que casi anegaron al compartimiento. De todos modos, eran conscientes de su deber, a la primera oportunidad salieron disparados por la cubierta en absoluta inestabilidad, cegados por los turbiones, de agua, arrojados de un lado para otro como por manos de gigantes. Pitt se golpeó brutalmente contra

la borda y casi se desvaneció, Fraser tuvo el tiempo justo de tirarse a su lado, sujetarlo y aferrarse con la otra mano a uno de los barrotes de acero, antes de que llegara la nueva ola. Fue milagro que no se llevara a ambos a la mortal inmensidad.

—¿Cómo estás?

—¡Creo que tengo un brazo roto y algo más!

—¡Regresa al camarote, vamos, te ayudaré!

No era tan fácil. Pero por fin pudieron conseguirlo. Una vez dentro, Pitt se dejó caer en el camastro con una gran mueca de dolor. El brazo derecho lo tenía malamente torcido.

Por fortuna no se trataba de fractura, sino de una dolorosa luxación, un desencajamiento del codo. No era ocasión de andarse con remilgos, de modo que Fraser apretó los dientes y procedió a colocárselo en su sitio de modo tan rudo como eficaz. Por suerte, Pitt se desmayó y eso resolvió la cosa.

Cuando Fraser volvió a salir, océano y cielo habíanse fundido en una masa negra, potente, maligna, donde danzaban todos los demonios del infierno aullando a coro y disputándose la minúscula presa que era el “Single Star”. Le costó Dios y ayuda llegar, a trompicones, a rastras, cegado, empapado, ensordecido, hasta la cabina de pilotaje. Entró en ella aprovechando el momento de pausa entre dos olas, cerró y recostóse resollando contra ella, antes de jadear:

—Se nos vino encima el infierno, capitán...

Melford tenía la boca apretada, estaba duro y sombrío, como Fraser recordaba haberle visto en alguna otra ocasión, en los viajes de Corea, cuando las cosas estaban feas de verdad. En sus ojos claros había una luz acerada, salvaje. Tenía blancos los nudillos, con ambas manos apretadas sobre el timón.

—Así es, Dalt —dijo con voz reseca, cortante—. Pero no vamos a dejarnos ahogar. ¿Dónde está Pitt?

—Tuvo que volver al camarote. Un golpe de mar casi nos echó fuera de la borda, se le desencajaron los huesos del codo izquierdo y al volver a encajárselos se desmayó.

—Ya. Vaya al aparato de T.S.H., trate de comunicarse con cualquier estación, en California o las Hawái, o barcos en la zona. Dé nuestra posición, informe de que estamos en dificultades.

Fraser no necesitaba que se le repitiera. Corrió al aparato de T.S.H. que estaba encajado detrás de la cabina de pilotaje, se sentó, ajustóse los auriculares y se dispuso a lanzar el S.O.S.

Unos segundos después sentía como si le inyectaran hielo en las venas. Porque el aparato no funcionaba. No podían comunicarse con nadie, estaban a merced de la tempestad, en medio del enfurecido océano, sin ningún medio de transmitir al mundo su posición exacta y sus dificultades.

Lo peor que les podía suceder.

3

capítulo

DURANTE siete larguísimas horas, el “Single Star” libró una lucha total, a vida o muerte, contra el océano enfurecido. Solo había un modo de capear el temporal con un mínimo de posibilidades de éxito y era manteniendo la proa al oleaje, la máquina a toda presión y en el timón hombres con nervios de acero. Dos hombres que en verdad los tenían se turnaron en aquella tarea, hasta quedar ambos del todo extenuados. Pero el yate no naufragó.

Sobre las tres y media de la madrugada se hizo evidente que amainaba la salvaje violencia del temporal. Las olas llegaban igual de poderosas, pero más espaciadas, dejando cierto tiempo de respiro entre sus embates. Pitt llegó entonces a prestar ayuda, a pesar de su brazo lesionado.

—Hubiera venido antes, capitán, pero no me atreví, no estaba seguro de poder conseguirlo con el brazo así... Además, creo que debo haberme roto alguna costilla, siento fuertes dolores en el costado.

Ni Melford ni Fraser estaban en condiciones de maldecir su negra suerte, que después de todo no era tan negra, puesto que aún vivían. Siguieron ocupándose del timón y Pitt trató de hallar la avería en el transmisor de onda corta. Era un experto, no tardó en encontrarla.

Y cuando la encontró pareció más desconcertado que otra cosa.

—No lo entiendo, señor. No me explicó cómo el mar ha podido causar una avería así...

—¿Por qué?

—Pues... Si no fuese imposible diría que ha sido un sabotaje.

Fraser sintió otra vez aquel escalofrío y miró de reojo a Melford. Pero este parecía duro, impassible, inescrutable, solo se veían su inmensa fatiga y una lógica irritación. Lógica, porque lo que Pitt decía era absurdo.

—No sea idiota, Pitt. ¿Qué clase de avería tiene el aparato?

—Una irreparable con los medios disponibles a bordo.

La explicación de Pitt hizo que a Dalton Fraser se le agolparan los negros pensamientos como fuera agolpándose las nubes tempestuosas. Recordó muchas cosas acontecidas desde la partida de Seattle, así como ciertos detalles en su momento de poca importancia y que de pronto cobraronla abrumadora. Parecía imposible... pero podía ser.

Melford no le dejó demasiado tiempo para elucubraciones mentales,

ordenándole tomar de nuevo el timón, mientras él marchaba a averiguar cómo se encontraban los pasajeros. Al quedar solos ambos marineros, Pitt volvió a la carga.

—No es posible, Dalt, te juro que no es posible. El mar no puede haberlo hecho.

—¿Estás seguro?

—Como de que nos hallamos en un buen brete. Hace veinte años que trabajo en radiotelegrafía, muchacho, fui radiotelegrafista en el crucero “Omaha” y luego he trabajado en barcos mercantes, en pesqueros. Ningún golpe de mar, ni siquiera un accidente normal, fortuito, pueden hacer cisco esas baterías Y al mismo tiempo cortar esos cables. Porque han sido cortados con unos alicates...

El interior del yate presentaba un aspecto casi tan desolador como la cubierta, arrasada esta por las olas, que se habían llevado todo lo que había sobre ella, incluido el bote salvavidas. Muebles, objetos, todo cuanto no estaba atornillado yacía en revuelto montón, mezclado con agua que llegaba a cubrir casi diez centímetros, a pesar de que tanto la puerta como las ventanas eran herméticas. Eso le indicó a Melford que alguien de allí dentro había intentado salir a enterarse de cómo andaba todo afuera.

Todos los pasajeros estaban reunidos en salón-comedor, a todas luces impelidos por el miedo a morir a solas, uno de los terrores más profundos de la mente humana. Bastaba con mirar sus rostros desencajados, lívidos, para advertirlo, aunque al menos tres de ellos tenían temple suficiente para dominarse y al ver entrar al capitán, dos acopiaron aun mayor entereza.

—¿Cómo estamos, capitán? —la voz de Ruskin era áspera, se le notaban un poco los nervios, pero se mantenía muy bien, en todos los sentidos, dadas las circunstancias. Su ex segunda esposa y el guapo actor francés, famoso por sus papeles de “duro con impacto”, estaban, en cambio hechos cisco literalmente. La guapa e inmoral Judith Mc Namara no presentaba mucho mejor aspecto y el famoso abogado especialista en turbios asuntos eróticos era un guiñapo convulsionado al que no debía quedarle ni bilis en el estómago. Las miradas de todos eran ansiosas casi por igual.

—De momento estamos a flote —replicó secamente, evitando mirar a la persona que más amaba, y odiaba, en el mundo mientras con fatigado ademán se dejaba caer en uno de los divanes laterales, respiraba hondo, sacaba su paquete de cigarrillos, no demasiado mojado, y extraía uno razonablemente seco—. El temporal parece estar remitiendo, pero creo que solo se trata de una pausa.

—¿Quiere decir que estamos en peligro? —Halloran, aun ahora, le hablaba con un claro desprecio. Pero estaba nervioso, más de lo que quería se le notase. Melford lo miró fijo, muy fijo. Tenían una cuenta pendiente,

pronto la iban a saldar, de un modo que aquel hijo de perra ni sospechaba...

—El yate es sólido y está bien construido. Con suerte, saldremos adelante.

—No me gusta su modo de decirlo. ¿Qué nos está ocultando?

Melford sintió una amarga alegría, profunda y cruel, al decírselo:

—No pienso ocultarles nada, Halloran. Estamos incomunicados. El transmisor ha sufrido una avería irreparable y no pudimos lanzar el S.O.S.

Vio bien cómo todos acusaban la noticia. Un par de secas maldiciones, un ahogado grito femenino... y los ojos de Donna clavados en él con súbita sospecha. Bueno, ya no importaba.

—¿Quiere decir que no podemos... que nadie sabe...? —latía la consternación en la voz de Ruskin.

Desde el fondo de su inmensa fatiga, Melford le envió despacio la respuesta.

—Quiero decir que estamos tan perdidos como podían estarlo los navegantes del tiempo de Nelson en medio de una tempestad. No hay modo de comunicarnos con estaciones costeras ni con barcos que naveguen cerca. Reducidos a nuestras propias fuerzas, eso es todo.

Le contestó el silencio. Una nueva ola obligó a todos a cuidar de su seguridad y estabilidad. Luego, Judith chilló, con su voz de gata perpetuamente en celo:

—Pero eso no es posible, habrá un modo de arreglar la avería...

—No lo hay. Ya lo hemos intentado.

Estaba demasiado cansado para tener ganas de levantarse, pero debía volver sobre cubierta. El cigarrillo era un buen tónico, pero necesitaba un trago. Y otras cosas.

—El marinero Fraser y yo llevamos desde las ocho de la noche de ayer aferrados al timón, estamos al límite de nuestras fuerzas. Pitt tiene un brazo estropeado y tal vez alguna costilla rota, por un golpe de mar. Alguno de ustedes ha estado blasonando de ser un gran marinero. Les necesito, ahora, arriba, para que nos echen una mano y podamos descansar.

—Usted cobra un sueldo para realizar su trabajo, ¿verdad? ¿Por qué piensa que debemos arriesgarnos, o fatigarnos, para ayudarle? Hasta ahora hizo muy poco para justificar lo que le pagan.

Halloran, claro. El maldito hijo de perra convencido de ser siempre el amo en toda situación, en todo lugar, de poder dominar a todo el mundo y humillar a cualquiera... Bueno, estaba metiendo el maldito cuello en la trampa y cuando su gran cerebro de superdotado se diera cuenta iba a ser ya demasiado tarde para él. Tenía demasiada soberbia para advertir lo que ya estaba notando Donna, la maldita ramera. Pero claro, Donna le había conocido muy bien, en año y medio de casados.

No lo suficientemente. Al menos, no conocía al hombre que él era ahora. Por ejemplo, esperaba, sin duda, verle saltar con los puños listos. Si supiera cuan mortalmente cansado y satisfecho se sentía...

—Usted no es quien me paga, Halloran. Y puedo pasarme perfectamente sin su dudosa ayuda.

No le había gustado. Pero no había espacio, ni era ocasión para peleas, incluso verbales. Halloran afinó su desprecio, eso fue todo.

—Pues vuelva a su puesto y cumpla con su deber, si es que sabe. Hiciste un mal negocio contratando a este tipo, Howard. ¿Quién diablos te lo recomendó, un tratante de chatarra humana de los muelles?

No, no iba a conseguir que saltara. No merecía la pena. Luego...

A Ruskin no estaba gustándole la actitud de Halloran, se le notaba y lo demostró en su ruda respuesta.

—Métete tus opiniones en el mismísimo culo, Mike. El yate es mío y aquí yo doy las órdenes, si no te gusta échate a nadar.

Una buida sonrisa torció la hermosa, cruel, boca de Halloran. Pero sus ojos semejabán puñales azules.

—Es demasiado ejercicio para mí, Howard —dijo muy suave—. Prefiero esperar a que tu llorón lobo de mar nos demuestre que es algo más que un sombrío fantoche.

—Ya lo ha demostrado con creces. Vamos, Melford, yo tomaré el timón.

Salieron, no sin dejar entrar una buena cantidad de agua que casi les echó escalerillas abajo. El mar continuaba bronco, amenazador, pero había, sin lugar a dudas, amainado la furia de la tempestad...

Los cuatro hombres apenas si cabían dentro de la pequeña cabina de pilotaje. Hubo muy pocas palabras. Melford envió a Fraser a popa, para que tratara de descansar, y se quedó con Pitt mientras Ruskin tomaba el timón con sus velludas manos llenas de fuerza física. Podía dejársele, sabía lo que hacer.

Fraser, ahora, hallábase demasiado cansado para pensar. Mortalmente cansado tras aquella larga y feroz pugna con el océano. Aprovechó un instante de relativa calma entre dos olas para correr sobre la resbaladiza cubierta hacia el camarote de popa. Eran unos pocos metros, le pareció una larguísima distancia.

Pudo llegar antes que una nueva ola sumergiera al yate, gracias a que la cubierta, ahora, estaba totalmente limpia de obstáculos. Abrió, entró, cerró, ajustó la puerta por dentro, y fue trompicando, a dejarse caer como un leño sobre su litera, en plena oscuridad, tropezando y golpeándose con todo lo que la tempestad había trabucado.

Pero no tenía sueño, aparte del tremendo cansancio físico sus nervios se mantenían en total tensión. Estaba seguro de que Melford en persona inutilizó la radio, aislándoles del mundo circundante en plena tempestad. Y se preguntaba por qué lo hizo.

Solo existía una respuesta. Venganza. Melford se proponía vengarse de la mujer que lo traicionó. Pero ¿cómo? ¿Y qué pensaba hacer con los demás, forzosos testigos de su crimen? Eso era lo que lo espeluznaba. Lo que no le permitiría dormir.

En la cabina de pilotaje, Pitt estaba explicando con detalle la avería a Melford y Ruskin. Pitt era testarudo y no demasiado inteligente, pero comenzaba a sentir algo muy parecido al miedo y no se sentía nada a gusto.

—He trabajado con aparatos de radio toda mi vida, sé lo que me digo... No existe la menor posibilidad de que el temporal haya provocado esas averías. Ha sido sabotaje.

Eran dos caras impenetrables, dos miradas duras y sombrías, que menos aún le tranquilizaban.

—Tomé de usted mismo el timón anoche y casi en seguida se nos vino encima la tempestad, no pude soltar el timón ni un instante. Luego llegó Fraser y al ordenarle lanzar el S.O.S. descubrió la avería. Según usted, he debido ser yo el autor de ese sabotaje...

—Yo no dije tal cosa, señor...

—No nos pongamos nerviosos —gruñó Ruskin—. La última vez que se usó la radio, ¿cuándo fue?

—Estaba de guardia Dalt. El señor Halloran transmitió algo a su oficina en Los Ángeles, pero lo hizo personalmente, como siempre.

—Eso fue sobre las cuatro y media. Usted entró al timón a las cinco. Nadie podría haber estropeado la radio sin ser visto por usted, ¿verdad?

—Pues... claro... Pero...

—Usted, Pitt, es técnico muy experto. En su última guardia tranquila tuvo tiempo sobrado para estropear la radio...

—¡Le juro que no lo hice, señor! ¿Por qué tendría que hacer algo así?

—Por dinero, tal vez. Por bastante dinero, si alguien se lo ofrecía.

—No... no le entiendo, señor. Tendría que estar loco, con la tormenta encima...

—Supongamos que usted no lo hizo —Ruskin tenía la voz muy dura—. Hay un par de hechos significativos. Era Fraser el que estaba de guardia cuando Halloran vino a transmitir, personalmente, su mensaje. Halloran entiende bastante de radiotelefonía, Fraser también. Pudieron ponerse de acuerdo con gran facilidad.

—Y fue Fraser el que descubrió luego la avería... Eso podría concordar. ¿Cuánto necesitaría alguien medianamente conocedor de la radio en efectuar ese sabotaje, en las condiciones que hemos soportado?

Ahora a Pitt le daba vueltas la cabeza.

—Pues... yo diría que dos o tres minutos, acaso cinco...

—Yo estaba demasiado ocupado con el timón, no vi qué hacía. Cuando me dijo que la avería era importante le ordené buscarla. Pudo mentirme,

estar entonces bien el aparato y estropearlo mientras fingía buscar la avería. ¿Pudo, Pitt?

—Sí... sí señor...

—Así se cubría perfectamente y cargaba sobre mí la responsabilidad.

—Iré a apretarle las clavijas —dijo ferozmente Ruskin.

Melford denegó, fatigado.

—No corre prisa, señor Ruskin, no se va a escapar. Lo que importa es mantener el rumbo lo mejor posible y evitar irnos a pique, habrá tiempo para aclarar lo sucedido y conocer las razones de Halloran para exponernos a todos a morir. Porque han de ser muy graves...

—Yo sé de algunas —dijo Ruskin—. Pero ese bastardo me las pagará.

Pitt ya sabía que aquellas brillantes y poderosas gentes que venían a bordo eran cualquier cosa menos verdaderos amigos, aunque no terminara de comprender cómo, siendo así, Ruskin invitó a los otros y ellos aceptaron. Cosas de millonarios y gente de relumbrón, él solo era un pobre hombre... Pero el odio feroz en los ojos de Ruskin, el odio helado en los de Melford, sí los veía. Él mismo comenzó a sentirlo hacia el demasiado guapo, rico y brillante Halloran, también hacia su compañero Fraser, que se había vendido por dinero, haciéndoles aquella jugada a todos, y encima, tratando de convencerlo de que fue el propio Melford quien estropeó la radio...

—Me voy a echar un poco, necesito descanso —dijo Melford con agotada voz y sombría expresión—. Dentro de una hora, Pitt, venga a llamarme.

Se quedaron solos el marinero-radiotelegrafista y el millonario propietario del yate. Pitt, con su brazo lisiado y alguna probable fractura que no había tiempo de localizar y curar, con demasiadas preocupaciones en la cabeza, no estaba ahora para conversaciones. Tampoco Ruskin, que tenía sobrado trabajo con el timón. El mar, rugía, bramaba, a todo alrededor, zarandeando al yate que afrontaba corajudamente sus embestidas, sumergiéndolo a menudo, alzándolo a la cima de olas de varios metros para dejarlo caer luego en tenebrosos abismos... No, no había tiempo para conversaciones.

Y el tiempo carecía de valor. Cuando Ruskin le ordenó ir a visitar a Melford, Pitt comprobó, sorprendido, que habían pasado cinco cuartos de hora desde la partida del capitán. Obedeció.

La noche, la madrugada, era negra. En el yate, cuya cubierta estaba limpia de todo objeto, apenas si brillaban las luces de posición. Atrás, sí, las de la cabina de pilotaje, las del interior de la superestructura donde debían estar los pasajeros aguantando mecha...

Pitt inició con precauciones su avance hacia la cercana puerta de entrada al interior de la nave. No podía fiarse de su brazo derecho, el pecho le dolía cada vez más, sin duda tenía rota alguna costilla...

No vio emerger a su espalda la ominosa figura que empuñaba un objeto de relativa largura. Aquel hombre llegó a su espalda velozmente y le golpeó de un modo brutal sobre la nuca con el objeto que empuñaba.

Pitt vio un millón de estrellas súbitamente encendidas dentro de su cráneo. El salvaje golpe le dejó sin aliento y sin fuerzas, pero no le hizo perder totalmente los sentidos. Gimiendo, cayó de rodillas, soltando su asidero.

Su agresor se le vino encima, golpeándole de nuevo. Y la gran ola que llegó al poco completó la tarea, llevándoselo lejos, al rugiente abismo.

4

capítulo

TUVO que llevárselo una ola, su brazo derecho estaba en mal estado, no le permitiría sujetarse.

La voz de Ruskin era reseca y dura. Los demás le miraban con distintas expresiones. A la lívida luz de la mañana, sus caras reflejaban brutalmente los estragos de la terrible noche pasada.

—El primer muerto... —latía algo más que sombrío sarcasmo en la voz de Halloran—. ¿Qué dice tu competente capitán Melford?

—No tiene nada que decir. Estaba en su camarote, descansando, cuando envié a Pitt a buscarle para que me relevara. Ahora están él y el otro marinero en la cabina de pilotaje, haciendo lo que pueden. Gracias a ellos seguimos a flote, conviene que no lo olvidéis.

No parecían olvidarlo, ni tampoco estar demasiado satisfechos. El actor francés gruñó:

—¿Qué probabilidades hay de que podamos salvarnos?

Había mal velado desprecio en la mirada de Ruskin. Y algo más.

—Digamos que todas, con un poco de suerte. Salvo la de la radio no parece que tengamos otras averías importantes. El yate aguanta, la tempestad amainó, por aquí suelen pasar barcos en abundancia, pronto o tarde nos descubrirán y prestarán ayuda. Creo que es suficiente para tranquilizarte.

—Melford es un buen marino, un hombre competente —la voz de Donna Martin no traslucía nada—. Ya lo ha demostrado. Creo que debemos concederle un voto de confianza y no estará de más que nosotros hagamos algo

—¿Algo, como qué? No pretenderás que nos convirtamos en marineros —replicó Philbrook fatigosamente. Como a los demás, le iba remitiendo el miedo, pero conservaba aún el suficiente. Donna le replicó incisiva, mordaz:

—Ni se me había ocurrido, créeme. Tú solo conoces la ruta a través de un vaso de “whisky”.

—Hay bastante que hacer aquí dentro —Ruskin se mostró hosco e imperioso—. Bombear fuera el agua y adecentar todo esto, por ejemplo.

—¿Pretendes convertirnos en fregonas, Howard? —se burló desmayadamente su exesposa. Solo tenía treinta y cuatro años, era

realmente guapa, desde luego no se había estropeado en su vida una uña realizando un trabajo verdadero. Habían estado casados cinco años, ahora llevaban dos divorciados, ella le sacó a él una muy sustanciosa tajada. Ahora andaba liada sentimentalmente con Gastón Châtel, era notorio. Un idilio bastante reciente, por otro lado—. ¿No puede hacerlo ese marinero?

—Tiene tareas más urgentes e importantes. Y a vosotros os hará bien dedicaros a algo.

—Personalmente, te diré lo que pienso hacer ahora mismo —Judith estaba muy ajada, pero aun así resultaba su belleza joven, morbosa. Tenía los ojos más bellos del mundo, parecidos a los de Elizabeth Taylor, pero aún mayores—. Me voy a echar en mi litera y trataré de dormir lo más que pueda, mientras termina de calmarse el mar. Mirándoos a vosotras, queridas, creo que debo estar realmente horrorosa, por comparación, y no me gusta nada de nada.

—No me sorprende que no te gustes —Donna siempre era incisiva, feroz—. En este momento tu rostro es el reflejo exacto de tu alma.

—Entonces no cabe duda de que me ganas por una cabeza —fue la réplica no menos feroz de la heredera—. Tienes todo el aspecto de una vieja ramera de los muelles volviendo a casa de madrugada.

Se les habían soltado los nervios, tras una noche de miedo a morir y total tensión. Cuando se desahogaron, las tres mujeres desaparecieron, encerrándose en sus respectivos camarotes y dejando solos a los hombres. Halloran tuvo uno de sus acerados comentarios.

—Ahora que ellas acabaron podemos comenzar nosotros, si os parece.

—Valdrá más que os ocupéis de cosas más urgentes e importantes. Tú, Gastón, trabajaste en tus malos tiempos como camarero, ¿por qué no tratas de preparar algo para comer, ya que para otra cosa no sirves?

—Eres un cerdo. ¿Es así como tratas a tus invitados? Nunca debí venir a esta pocilga...

—Pero viniste, con tu amante y la secreta esperanza de humillarme en mi propio barco acostándote con ella ante mis narices. Ahora tendrás que ganarte la salvación como todos, te guste o no. Aquí no te valen ni el cine ni tus viejas mañas de “gigoló” barato...

—“ ¡Cornú...! ”

Gastón Châtel, se había enfurecido cuando le recordaron sus no tan lejanos días en que simultaneaba trabajitos de “extra” en el cine de su país con el cortejo y la extorsión a mujeres en declive físico y otras actividades más bien punibles por la Ley, aunque de baja estofa. Con el insulto, disparó su puño derecho a la cara de Ruskin.

Fue una estupidez. Ruskin era más recio, aunque también más viejo, estaba avezado a moverse por una embarcación, también a tratar con hombres rudos. Paró con su antebrazo el golpe y respondió con un brutal puñetazo que envió al actor francés hacia atrás con violencia, al tiempo

que un nuevo bandazo del yate le completaba la pérdida del equilibrio. Châtel cayó de mala manera, se debió golpear con algo y quedó inmóvil, sobre el agua y con una expresión rara.

Ruskin le miró sombrío, fregándose las manos. Halloran, que no había intervenido, se arrodilló ahora junto al actor, también Philbrook. Lo examinaron.

—Espero no haberlo desnucado —pero no había ni compasión ni remordimiento en la voz de Ruskin.

Halloran le contestó, con voz lenta, cuidada y fría; mirándole de reojo.

—Faltó poco. Solo está desmayado.

—Encargaos de él, tengo trabajo arriba.

Sin más ocuparse del caído Châtel, Ruskin abandonó el salón-comedor. Entonces Halloran dijo suave, mirando con fijeza a Philbrook:

—Comienzo a preguntarme para qué nos habrá reunido Ruskin en este presunto crucero de placer...

Dalton Fraser había recibido la noticia de la desaparición de Pitt como un mazazo en la nuca, y a la vez, un chorro de agua helada. Pero Melford le había dicho luego algo que lo sumió en perplejidades.

—Sospecho que fue Pitt el que saboté la radio. Y también quién se lo encomendó. Por lo visto. Ruskin y Halloran son mucho menos amigos de lo que parecía, anda por medio algún gran negocio de muchos millones, y no me sorprenderá nada comprobar que, al llegar a puerto, nos encontramos con que Halloran le ha hecho una jugada muy sucia a Ruskin.

—¿En qué se basa para ello, señor?

—Halloran fue el último que utilizó la radio, usted estaba entonces de guardia. Y no quiso que Pitt transmitiera sus mensajes, como de costumbre lo hizo por sí mismo. Luego Pitt estuvo aquí, solo tres horas, con la mar bastante en calma. Pudo perfectamente estropear la radio sin que nadie lo advirtiésemos. No tenía demasiado cerebro, usted lo sabe, también que era un fracasado. Una buena oferta de dinero sin duda sobraría para acallarle cualesquiera escrúpulos. Cuando descubriéndonos la avería, él, como experto, la achacaría a un fallo difícil de encontrar por ninguno de nosotros, se retrasaría en arreglarla lo suficiente para que la maniobra de Halloran, sea la que fuese, tuviese éxito, luego arreglaría la radio y asunto concluido. Pero el huracán súbito cambió las cosas... Después que usted se fuera lo interrogamos a fondo el señor Ruskin y yo, se puso muy nervioso, trató de inculparnos a usted y a mí de un modo bastante torpe. Temo que no cayó al mar por accidente. Halloran está muy avezado a navegar en yates, tiene el suyo propio; sin embargo, solo, porque todos los demás estaban bajo los efectos del mareo. Tal vez Pitt fue a advertirle nuestras sospechas. Halloran comprendió que notardaría en aflojar la lengua y, para ahorrarse problemas, lo puso fuera de combate, y lo echó por la borda. Nadie podría acusarle de asesinato...

Era una explicación muy lógica de todo lo ocurrido. Demasiado lógica. Dalton Fraser sí tenía un cerebro, sabía usarlo. También era un fracasado, como Pitt, como el propio Melford. Cada vez le gustaba menos aquella situación, pero nada podía hacer para cambiarla.

Aunque la furia de la tempestad había amainado, eso no significaba, ni mucho menos, que el océano estuviera en calma. Al contrario, olas de cuatro o cinco metros, cresteadas de espuma, cabalgaban incesantes en la misma dirección, empujadas por el viento frío que también traía intensa lluvia a ráfagas. La visibilidad apenas si alcanzaba, normalmente, a una milla y a todo alrededor del yate había un caos de aguas verdinegras en furioso movimiento. El gris toldo de nubes no presentaba ni un resquicio a la esperanza. Afortunadamente, la sólida y marinera construcción del yate estaba permitiéndole afrontar bien la dura prueba, su motor también respondía. Pero estaban quemando mucho más combustible del que era normal. Y las posibilidades de tropezarse con un barco en medio de aquel caos líquido eran poco menos que nulas.

Ruskin les trajo un termo lleno de café negro recién hecho, también emparedados calientes. Falta les hacía todo ello. Tenían abundante licor, pero el licor era peligroso en tales circunstancias, lo sabían.

—No podemos contar para nada con esa pandilla. El único que podría echarnos una mano es Halloran, pero no lo hará, el muy cerdo.

Evidentemente, Ruskin estaba convencido de la culpabilidad de Halloran en lo ocurrido con la radio, pensó Fraser. Ahora tomó el timón mientras ellos se ponían a comer, y no escatimó sus opiniones acerca de sus invitados. Para Fraser comenzaban a dejar de ser asombrosas.

—Rameras y golfas, eso es lo que son... y ese bastardo engreído...

Poco después, Melford tomó la posición del yate. Naturalmente, era su tarea. Fraser tenía bastantes nociones de ella, pero no las suficientes, igual le ocurría a Ruskin.

—Hemos derivado de nuestra ruta hacia el suroeste, era de esperar. Nos encontramos más o menos a cien millas náuticas del punto donde deberíamos, de no habernos sorprendido esa tempestad.

Eso no significaba gran cosa, Fraser lo sabía, tendrían que ir capeando el temporal hasta que amainara, luego recobrarían la ruta. Podrían llegar a Honolulu en tres o cuatro días.

Ruskin expresó la misma opinión, pero Melford fue menos optimista.

—El barómetro se mantiene muy bajo, eso significa que permanecemos dentro del área borrascosa. Sin medios de comunicarnos con el exterior carecemos de buena información.

—Disponemos de la televisión.

—Solo dan partes generales de escaso valor para nosotros. Pero menos es nada. Por ahora no corremos ningún riesgo.

Fraser pensó que tal vez fuera así. Pero algo estaba diciéndole que solo

se encontraban al principio de la fiesta. Y que iba a ser una fiesta muy especial...

5

capítulo

MUY especial.

Cuatro días con sus noches de continuas borrascas, con intervalos de algunas, pocas, horas de relativa calma para reponer fuerzas, tanto los elementos como los hombres que estaban pugnando contra ellos para salvar sus vidas. Cien horas de tempestad, lluvia, viento, olas de varios metros de altura... toda la grandiosa sinfonía del océano encrespado. Y en medio, una pequeña embarcación sin medios de comunicarse con el mundo, reducida a sus solas fuerzas, como lo estuvieron en tales circunstancias los viejos navegantes de los días del barco de vela.

Por fin, al quinto día el océano se encalmó, el viento cambió de cuadrante y perdió fuerza rápidamente, las nubes desaparecieron. Había terminado la tempestad.

—Estamos aproximadamente a unas mil millas al sur-suroeste de nuestra posición inicial. Es todo lo que se pudo conseguir.

Y ya era suficiente, eso lo sabían todos los que escuchaban a Melford, el cual, ahora, lucía barba de seis días en un rostro demacrado donde los ojos rebrillaban como carbunclos, enrojecidos, por la fatiga, la tensión, el sueño escaso, envejeciéndolo en varios años. Pero había logrado capear el temporal, salvarles.

Los pasajeros volvían a ser un hermoso grupo de gentes bellas y brillantes. Bueno, no tan brillantes, ni tan bellas, como cuando aún no habíase iniciado la larga tempestad. El salón-comedor estaba seco otra vez, y razonablemente adecentado. Fraser, cuyo cometido era normalmente, a más del de marinero, el de cocinero, ahora debía realizar también, una vez vuelta la calma, la tarea de Pitt, o sea adecentar los camarotes. Menos mal que por lo menos Donna Martin se encargaba de arreglar el suyo, ya era algo. Las otras dos mujeres no movían ni un pañuelo, considerándolo indigno de su categoría social. En cuanto a los hombres, aquel puñado de triunfadores lo tenía Fraser sentado en la boca del estómago, comenzaba a participar del desprecio y el odio que evidentemente sentía Melford por ellos, con la excepción de Ruskin. Al menos el dueño del yate se había comportado como un hombre compartiendo sus trabajos en todo momento. Los demás, malditos fueran, permanecieron encerrados abajo como ratas

asustadas, salvo aquel hijo de perra de Halloran, que pudiendo hacerlo no quiso echar nunca una mano, pero tenía agallas para subir de vez en cuando a cubierta... y ahora, todo terminado volvían a comportarse como si fuesen los amos del mundo, con derecho a todo tipo de servidumbres ajenas. Sí, comenzaba a odiarlos.

Todos estaban disfrutando de los últimos rayos solares en un mar razonablemente tranquilo, en un cielo sin apenas nubes, salvo hacia el noroeste, por donde andaba la tempestad. Sobre cubierta no había quedado nada, pero le hicieron subir a cubierta lo necesario para su comodidad. Ahora, mientras se mantenía el timón, podía oír sus voces hacia popa, aunque no discernir lo que hablaban.

Melford los afrontaba sombrío, duro, impenetrable. Halloran, impecablemente vestido, como en él costumbre, perfectamente rasurado, no parecía haber sufrido nada en los días últimos. Las tres mujeres, en cambio, estaban desmejoradas a ojos vistas, mucho menos Donna Martin, más que ninguna la exesposa de Ruskin. Philbrook aparecía con grandes bolsas bajo los ojos, producto de la excesiva ingestión de alcohol tanto como de los vómitos y el mareo. Châtel, tan rasurado como Halloran, tenía una expresión hosca, insatisfecha. No había vuelto a dirigirle la palabra a Ruskin desde que este lo golpeó.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Honolulu? —inquirió el abogado secamente. Fumaba y tenía en la mano su inseparable vaso mediano de bebida.

—Si todo va bien, estaremos allí dentro de cuatro días.

—¿Y no puede ser antes? Forzando la máquina.

Lo había dicho Halloran con su característico desprecio a Melford, que ni le miró.

—La tempestad nos ha obligado a gastar demasiado combustible, de modo que no puedo, ni quiero, correr el riesgo de quedarme sin él en mitad del mar. Mantendré la misma velocidad, a no ser que el señor Ruskin me ordene lo contrario.

—Siga su propio criterio, Melford —Ruskin, también aparecía duro, impenetrable—. Es quien gobierna el barco.

—Nosotros aceptamos tu invitación para unos días de descanso marítimo, Howard, no para estar paseándonos por el mar durante semanas, incomunicados, sin saber lo que ocurre en el mundo. Todos tenemos intereses que cuidar.

—También yo los tengo, tan importantes como los tuyos o los de cualquiera y no hice venir esa cadena de borrascas ni menos estropecé la radio.

—Eso es algo que no podemos saber.

La fría, suave afirmación de Halloran electrizó de inmediato el ambiente alrededor del grupo. Pero Ruskin se lo tomó con calma.

—¿Me estás acusando de algo, Mike?

—Claro que no. Solo que estuve pensando mucho. Ocurre que el barco te pertenece, la tripulación tú la escogiste. Resulta por lo menos curioso que nos hayamos quedado incomunicados justo cuando llegaba una borrasca, con una avería irreparable y de muy dudoso cariz.

—Concreta más. Ya fuiste muy lejos.

—Entonces iré adelante. Tengo muchos conocimientos de radiotécnica, más que ninguno de todos los que estamos a bordo, a excepción del desaparecido Pitt. Pero no me habéis dejado que examine nuestra radioemisora...

—Si mal no recuerdo, te has estado negando desde un principio a echarnos una mano. Y justo fuiste tú el último que manipuló esa radioemisora. Mientras hubo borrasca y trabajo duro aquí arriba preferiste permanecer abajo mientras nosotros bregábamos con los elementos, pero ahora tratas de envenenar la situación con miras demasiado claras.

—Si son tan claras, ¿por qué no las expones? Ninguno de los aquí presentes, tus invitados a este viaje, estoy seguro de que las haya advertido.

—Me temo que esté de acuerdo con Halloran, Howard —latía una clara desconfianza en la voz de Philbrook—. Han estado sucediendo demasiadas cosas raras últimamente a bordo de este yate tuyo. Y desde que nos reunimos he estado preguntándome qué te habrá hecho reunirnos en esta excursión, pues desde luego ninguno de nosotros somos precisamente entrañables amigos.

—Más bien viejos y entrañables enemigos —Donna habló con su sempiterna mordacidad; pero estaba más atenta al sombrío Melford que al propio Ruskin—. La mujer que te puso en ridículo, la que te despreció reiteradamente y la que sacó a relucir todos tus trapos sucios a la curiosidad pública; el abogado que ayudó a la primera a lograr el divorcio y una sustanciosa indemnización, el actual amante de su exesposa y aquel que tuvo la mayor culpa del divorcio, que además es un temible competidor actual en tus negocios. Ni elegidos con lupa habrías reunido mejor colección de gentes que te desprecian o te detestan, ¿verdad, Howard?

Todos callaron, pero sus expresiones resultaban de lo más reveladoras. En cambio, nada podía descubrirse en la de Ruskin.

—Te dejas algo en el fondo de tu saco de basura, Donna —dijo pausado y duro—. El hecho de que Melford sea tu marido, al que traicionaste de manera sucia y calculadora mientras estaba combatiendo.

Hubo un par de gestos de sorpresa, pertenecientes a los que aún ignoraban por lo visto aquello. Melford apretó más la boca, se volvió más sombrío, fue todo. En cuanto a Donna Martin, demostró que su fama no era falsa. Emitió una leve risita desdeñosa y respondió con total cinismo:

—No he hecho de eso ningún secreto, Howard. Mi exmarido te puede decir, si no lo hizo aún, que solo fue un escalón más en mi ascensión hasta el éxito, que no le he concedido durante nuestro matrimonio otra cosa sino...

—¡Cállate, perra!

Melford había disparado la orden insultante como una bala. Bastaba verle para advertir que era peligroso provocarle a mayores, pero Donna no se amilanó.

—Me callaré si me da la gana, Bob. Tú nunca has tenido el menor dominio sobre mí, menos aún ahora, pobre imbécil.

Pareció que Melford iba a atacarla, pero se contuvo, muy a duras penas. Ruskin coadyuvó, sujetándole el brazo sin apenas mirarle. Todo él, ahora, estaba hecho de un calmoso, infinito, profundo, desprecio. Una actitud que hizo a tres de sus invitados preocuparse.

—Tranquilo, Melford. Usted y yo sabemos que no merece la pena.

—Sí, eso es cierto —repuso Melford hoscamente—. Solo esperaba que ese hijo de perra prepotente intentara salir en su defensa, para darme el gusto de partirle la cara.

Su salvaje afirmación hizo apretarse las pupilas, la boca, de Halloran. Pero no perdió la calma.

—Nunca desciendo a pugilatos con inferiores, Melford. Cuando me molestan demasiado encargo a un mercenario que me deshaga de ellos.

—Una afirmación muy peligrosa, ¿no te parece, Mike?

—No veo por qué. Nadie de los presentes aceptará habérmela oído, aunque solo sea para chincharte.

—¿Y si dejáramos por un momento de mordernos para ir a lo que importa? —Judith tenía una expresión mezclada de fastidio, diversión y burla, acusada en su boca perversa—. Todos sabemos, perfectamente ya, cuán profundos y amplios motivos de amor nos unen, cuán a gusto nos encontramos aquí reunidos. Personalmente no creo que Howard haya inutilizado la radio, del mismo modo que no le considero capaz de atraer sobre nosotros las tempestades, aunque admito que daría su alma al diablo, si Satanás admitiera almas de buitre, por conseguir tal poder. Tampoco me parece lógico que lo haya hecho el capitán, después de comprobar cómo ha luchado por mantenernos a flote. Tenemos los nervios de punta, es todo. Creo que en cuanto lleguemos a Honolulu se nos pasará. Por mi parte, Melford, si nos lleva a puerto en cuarenta y ocho horas le prometo acostarme con usted una semana entera. Me encantan los hombres como usted, viriles, amargados y sombríos. Además, sospecho que a Donna no le haría ninguna gracia. ¿Verdad, querida?

Su cínico discurso motivó una réplica rápida y desdeñosa de la columnista.

—Por mí puedes comenzar tu labor esta noche, o ahora mismo, si lo prefieres. Bob, Howard y acaso el marinero deben ser los únicos hombres del mundo qué aún no conocen tu manera de trabajar, así que adelante.

Melford se movió hacia la esquina, sin pronunciar palabra. Tampoco le dijeron nada. Ruskin, habló, pausado, mientras se disponía a encender un cigarrillo:

—No me extraña que no nos aguante. Somos una basura demasiado nauseabunda para cualquier estómago medianamente decente.

—Es de agradecer que te incluyas en el grupo —fue la acida respuesta de su excónyuge.

Mirándola con fijeza, Ruskin asintió:

—Entre mis muchos defectos no está la hipocresía, tú lo sabes. ¿Por qué no os emborracháis tranquilamente, ahora que pasó el peligro? Luego podéis ir a acostaros, por parejas o todos en grupo, otra cosa no hay que hacer hasta que lleguemos a destino.

Dio media vuelta y también se marchó hacia la proa. Lo que dijo a su espalda Gastón Châtel ni aun en francés podría reproducirse. Ni siquiera en inglés lo que añadieron Judith y el abogado.

Pero los otros tres parecían más preocupados que ofendidos. Donna hizo un gesto con la cabeza a Halloran y ambos se apartaron, juntándose en la borda. Él le encendió un cigarrillo con dificultades, tuvieron para ello que juntar sus cabezas. Lo que hablaron a media voz no lo pudieron oír los otros.

—Estás olfateando lo mismo que yo, ¿me equivoco?

—No. Lo vengo olfateando hace días, pero desde hace un rato el olor se me ha vuelto insoportable.

—Un olor a peligro... A mí me sucede lo mismo. Te lo dije cuando descubrí a Bob Melford aquí, como patrón del yate. Ahora estoy segura. Al Bob de hace años le habría hecho saltar cincuenta veces desde que salimos de Seattle, pero no lo he conseguido, salvo hace un momento; y aun entonces se refrenó demasiado pronto para mi gusto.

—Conozco a Howard Ruskin desde hace años, se perfectamente cómo piensa y actúa, cómo reacciona, pero me ocurre con él lo mismo que a ti con tu exmarido. No es el de siempre, pero solo comenzó a quitarse la máscara, a enseñar su juego, la noche que empezó la tormenta.

—Por más que me devano los sesos no acierto a ver qué se proponen. Lo que sea no va solo contra nosotros, eso es evidente. Ruskin trajo a bordo a unas pocas de las personas que más daño le han hecho y a quienes más odia, es evidente. Pero no puede pensar en matarnos a todos, y hacerse por superviviente de un naufragio, no es tan estúpido ni se ha vuelto loco.

—Esa avería en el transmisor fue muy oportuna para él. Al día siguiente yo habría recibido, con seguridad, la información esclarecedora.

Jenkins me aseguró que estaban sobre la buena pista, aunque no quiso darme un avance porque, según él, tal vez todo fuera un truco astuto de Howard... Debí haberle insistido, pero no imaginaba que ocurriera esto. Ahora me pesa.

—No puede intentar matarnos —Donna Martin parecía obsesionada por la idea—. No porque no sea capaz, y también Bob, sino porque para ninguno de los dos sería una venganza. De ser esa su intención no nos habría salvado la vida peleando todos estos días contra las borrascas como lo han hecho. Es otra cosa lo que tienen preparado, pero ¿qué?

—Daría un millón de dólares por saberlo —gruñó Halloran. Ahora no se le veía tan seguro de sí, tan prepotente. Ni tan cínica a Donna.

6

capítulo

VÁYASE a dormir, Dalt. Y procure aprovechar el sueño.

Dalton Fraser asintió, abandonó la cabina de pilotaje y avanzó sin prisas por la cubierta, a la sazón vacía. Al pasar echó una ojeada al interior maquinalmente, aunque de sobras conocía la inutilidad de hacerlo, pues los cristales de todos los ojos de buey eran opacos por la parte exterior. De todos modos, podía imaginarse lo que pasaba allí dentro. Una vez salidos del peligro, los pasajeros del “Single Star” se desquitaban del miedo pasado emborrachándose y haciendo el amor. Eran despreciables, de una inmoralidad, asqueante, le revolvió el estómago con todos sus millones, con la belleza de ellas. No era un puritano, precisamente, pero sí un hombre normal, al menos así se consideraba. Los pasajeros, tras su brillante apariencia, peores que cerdos, ellas mucho peores que las más envilecidas ramerías de los puertos. No, no le gustaban, nada de nada.

No le gustaba nada de este maldito yate en que se había embarcado en mala hora. En cuanto llegaran a Honolulu...

Si llegaban. Cada vez estaba más convencido de que se estaba preparando algo muy desagradable, que la larga tempestad encontrada y a duras penas capeada no determinó, sino que meramente ayudó, un plan cuidadosamente tramado por ¿quién? Ni siquiera estaba seguro de eso.

¿Por qué le habría ordenado Melford mantener el rumbo sursuroeste en cuanto los demás volvieron a meterse en el interior del yate? Sursuroeste no era el rumbo para llegar a Honolulu, aunque sí fuese el que traían cuando los alcanzó la tempestad. Pero con él estaba Ruskin, el propietario; nada dijo. ¿Quién era él para hacer preguntas? Un simple marinero...

Se metió en el camarote y se tendió en su litera, pero no tenía sueño. Sentía, muy viva, la premonición de un vago peligro. Solo que no podía acertar de qué clase, ni por dónde podría llegar. Una cosa era cierta, toda aquella gente se odiaba, aunque convivieran, y de qué modo. Era como llevar en una jaula tigres, osos, panteras, serpientes venenosas, todos juntos...

En cuanto tocaran puerto él dejaba el “Single Star”. Sí, lo tenía decidido. Pediría la cuenta y que se las compusieran como pudiesen...

Volvió a levantarse al escuchar ruidos fuera, en la cubierta. No necesitó salir para descubrir quién los hacía, y por qué. Aquella hermosa e

indecible millonaria con el guapo y cobardón francés...

Le entraron ganas de salir y patearlos. Había que tener muchas tragaderas para soportarlos allí a cuatro pasos, revolcándose sobre cubierta como perros, escuchándole a ella sus palabras que no mejoraría la más avezada pupila de burdel... Maldita fuera, no aguantaba sino hasta el primer puerto. Puercos...

Era una noche oscura y hermosa, con enormes estrellas en lo alto. El océano, como fatigado de su furia de los pasados días, apenas si alzaba suaves, largas ondulaciones que casi no movían al “Single Star”. Sobre cubierta, Judith, tendida boca arriba, momentáneamente satisfecha, fumaba un cigarrillo. Junto a ella, Gastón Châtel reposaba recuperando fuerzas. Entonces ella notó algo.

—¿No te parece que avanzamos a mayor velocidad que antes?

Él era de tierra adentro, muy poco entendía de aquellas cosas. No advirtió nada, así lo dijo. Pero Judith insistió.

—Va más aprisa, estoy segura. Creo que la bronca de esta tarde hizo su efecto.

—Me alegro, si es así. Estoy más que harto de esta bañera deteriorada, de ese cerdo de Ruskin...

Abajo, Halloran se había alertado también. Él y Donna Martin compartían, ahora, la misma aprensión; también Arlena, la exesposa de Ruskin, y hasta cierto punto Philbrook. Los cuatro mataban tiempo fumando, bebiendo, escuchando música o viendo la televisión, que no se había averiado durante la tempestad, jugando a toda clase de juegos, incluidos los eróticos... Sentíanse como enjaulados, pero no deseaban hablar de ello. Cuando Halloran quedó alerta los demás lo notaron y Donna inquirió:

—¿Qué pasa?

—Nos estamos moviendo mucho más aprisa.

—Bueno, eso significa que a la poste Melfrod decidió quemar más combustible —gruñó Philbrook—, me alegro, así llegaremos antes a Honolulu.

Halloran no le contestó. En vez de eso levantóse y fue a salir a cubierta. Donna, de inmediato, le imitó.

En efecto, el “Single Star” surcaba las olas a gran velocidad, ahora, se advertían claramente las vibraciones de su casco. Cuando Halloran y Donna aparecieron sobre cubierta vieron de inmediato a Ruskin, casi tapándoles el paso. Fumaba, se había puesto una gorra marinera de visera y llevaba una holgada chaqueta de color hueso.

—¿Pasa algo? —inquirió con seca dureza.

Halloran le contestó del mismo modo:

—Eso nos preguntamos. ¿Por qué ha aumentado tanto la velocidad?

—Di esa orden a Melford.

—¿Por qué?

—Porque me dio la gana. El barco es mío.

—¿Cuál es el juego, Howard? Sea el que sea, exijo conocerlo ahora mismo.

—Estáis tan recelosos como gatos que olfatean tormenta, ¿verdad? No me sorprende, conociéndoos como os conozco. No hay ningún juego.

—Mentira —ahora era Donna—. Estás mintiendo como un cochino. Y no me gusta nada tu calma, ni la de mi exmarido, ¿Qué os traéis vosotros entre manos?

—Muy pronto lo vas a saber.

—¡Ahora mismo!

Halloran cometió un error. Tonto, como suelen serlo los de los superdotados. Avanzó impulsivamente un paso, enfurecido, no controlando a sus nervios como en él era habitual, y trató de asir a Ruskin por una manga.

Instantáneamente, el puño izquierdo de Ruskin se disparó contra su mandíbula en un gancho corto, pero tremendamente efectivo, que lo mandó contra Donna masculando una sorda exclamación de dolor y rabia. Al impacto, ella también medio perdió el equilibrio.

Y cuando Halloran, loco de rabia por el primer puñetazo que recibía en toda su vida, reaccionaba incorporándose, aún aturdido, ambos, él y Donna, vieron la pistola en la diestra de Ruskin.

—No me obligues a pegarte un tiro, Mike, porque apretaré el gatillo con mucho gusto.

Desde luego, Michael Halloran no había esperado aquello. Y sin ser precisamente un cobarde, no estaba psicológicamente preparado para afrontar a una pistola empuñada por un hombre que no era su amigo y sí muy capaz de apretar el gatillo. Se quedó rígido, se le cortó el aliento. A Donna también.

Allí atrás, Judith y Gastón estaban incorporándose, alarmados y atentos. Pero Ruskin no se había olvidado de ellos.

—¿Qué significa esto, te has vuelto loco? —dijo Donna con voz tensa, enronquecida.

Ruskin le contestó del mismo modo duro, seco, sarcástico:

—Estoy muy en mis cabales, Donna, créeme. Abajo, los dos.

—¿Y si nos negamos? No vas a disparar...

—A matar no. Pero sí a haceros soltar un poco de vuestra podrida sangre. Si quieres comprobarlo, adelante. ¿O prefieres intentarlo tú, Mike?

No, Halloran no quería hacer tal prueba. Estaba recuperándose a toda prisa del puñetazo y su cerebro laboraba aún más veloz. Respirando fuerte, gruñó mordiendo las palabras...

—Sea lo que fuere lo que hayas planeado, Howard, piénsalo dos veces. Hice mis averiguaciones...

—Lo sé muy bien. Escuché todo lo que hablabas con tus esbirros por una conexión directa que tengo en mi camarote. Por eso Melford estropeó el transmisor, no deseamos que nada ni nadie nos pueda estropear la fiesta que os hemos preparado. ¡Vosotros acercaos! Y nada de haceros ilusiones, si no queréis recibir una bala.

Judith y Gastón obedecieron, más nervioso él que ella. El cambio de situación no les gustaba nada. Judith aún adoptó su aire displicente y desdeñoso para hablarle a Ruskin.

—¿No es demasiado melodrama, Howard? No vas a hacerme creer que has planeado asesinarlos a todos...

—Nada me disgustaría tanto como tener que matar a uno solo de vosotros, Judith; pero no tendré el menor empacho de romperos un codo, o una rodilla, de un balazo. Aunque tal vez me decida por la mandíbula. Ibas a estar muy fea, créeme. Lo mismo que este par de guapos ejemplares de macho. Abajo, los cuatro.

—¿Qué es lo que te propones?

—No vais a tardar en saberlo. ¿Obedecéis o empiezo a disparar?

Apuntó deliberadamente a la cara de Halloran. A aquella distancia, incluso sobre la cubierta de un barco de poco tonelaje, de noche y con solo escasas luces, era obvio que no iba a fallar. Y en sus ojos, en su voz, estaba impresa la fría, consciente decisión de cumplir su amenaza, eso lo vieron los demás. Obedecieron, súbitamente asustados, más que nada por verse incapaces de comprender lo que se proponía.

Y apenas estuvieron dentro, Ruskin cerró con fuerza. Afuera había, cosa insólita, pero detalle en el que ninguno de sus invitados paró mientes hasta entonces, un cerrojo simple de seguridad. Tan simple como efectivo, bastaba con meter entre las dos bisagras una barra plana de acero, muy ajustada a ellas, que Ruskin extrajo de uno de sus bolsillos. Por mucha fuerza que hicieran desde dentro no lo podrían hacer saltar.

Había otra salida, hacia proa. Pero contaba con idéntico cerrojo de seguridad y ya estaba puesto. Ahora, Ruskin se movió veloz hacia el camarote de la tripulación, y lo cerró por idéntico procedimiento. Fraser no notó nada, acababa de dormirse hacía apenas un cuarto de hora.

Melford mantenía firme el rumbo del yate, con expresión sombría, reconcentrada. Miró apenas a Ruskin cuando este entró en la cabina de pilotaje e hizo una pregunta seca:

—¿Tuvo dificultades?

—No gran cosa. En cuanto vieron la pistola se asustaron demasiado. Pero antes me permití el placer de darle un buen puñetazo a Halloran. No será el último, espero. ¿A qué distancia estamos de esa isla?

—Unas sesenta millas. Llegaremos a los arrecifes sobre las tres.

—Magnífico. Tienen casi dos horas para rumiar su miedo y hacer cábalas sobre el destino que les deparamos. De veras, me gustaría estar

abajo con ellos, pero sería demasiado arriesgado...

Emitió una risa baja, sin pizca de alegría. Su mirada era honda, amarga, satisfecha. Curiosamente semejante a la de Melford ahora.

7

capítulo

ABAJO, ahora, los invitados de Ruskin habían perdido el sueño y algunas otras cosas.

—Estamos encerrados. Las dos salidas han sido atrancadas por fuera.

—Están locos, los dos. Hay que hacer algo, en seguida.

—Dinos qué. Howard tiene una pistola y apostaría a que Melfrod también la suya. Pero aquí abajo estamos desarmados. Además, deben contar con el marinero, eso les da igualdad numérica con nosotros.

—Lo que más me asusta en su afirmación de que no desea matarnos...

—Es lo que digo, está loco. Planeó esta encerrona, logró convencernos para que aceptáramos su invitación... ¡Hay que dominarlos, como sea!

—Busquemos armas, debe haber alguna. Yo no lo resisto...

Fuera de Halloran y Donna, ninguno. Diéronse, como locos, a registrar todo, incluido el camarote de Ruskin y el de Melford. Hasta entonces no habían entrado en ninguno de ellos, el registro les demostró algo que no contribuyó a tranquilizarles, precisamente.

—Pero esto parece una celda...

Lo parecía, por la falta absoluta de cuanto al menos dos de ellos sabían que, normalmente, debieron encontrar en aquellos camarotes. Tanto Ruskin como Melford tenían a mano solo lo estrictamente indispensable. Ropa, libros, una botella...

En todo el espacio reservado para alojamiento y solaz de los invitados del millonario no había ni un arma, cuanto menos de fuego.

—Una trampa perfecta. Estamos atrapados en medio del océano, incomunicados con el exterior, sin armas para defendernos. Nos llevan a alguna parte, eso es tan evidente como que todo lo prepararon hace tiempo, de modo concienzudo...

Así era. Y los dos hombres que tal cosa hicieron se hallaban ahora juntos, en la cabina de pilotaje, contemplando su destino.

—Ahí están los arrecifes.

En la calma noche oceánica, el fragor llegaba hasta ellos amortiguado por el ruido del motor del yate, pero claro. Y al frente podía advertirse una como fosforescencia. Rompientes...

—¿Está seguro de dar con el punto conveniente?

—Sabe usted que sí. Ponga velocidad a quince nudos, será suficiente. Estaremos sobre los arrecifes dentro de diez minutos, contornearemos hasta situarnos en el lugar adecuado.

El “Single Star” refrenó la velocidad de avance a menos de la mitad de la que había estado llevando. Melford estaba al timón, muy atento y reconcentrado en la maniobra.

—Salga a cubierta, eche la sonda.

Ruskin obedeció.

—¡Cuarenta brazas!

—¿Distingue la isla?

—¡No! ¡Un momento! ¡Ahora sí!

—¡Vuelva a sondear!

—¡Treinta y cinco brazas! ¡Creo que estamos a sotavento!

—¡Ya lo sé!

El “Single Star” viró a estribor y se deslizó sobre las olas a corta distancia de las rompientes. Al otro lado de las mismas apenas si se distinguía una masa negra, baja, no grande...

Y luego Melford volvió a hacer virar el yate.

—¡Tire la sonda!

—¡Veinte brazas!

—¡Prepárese para la colisión!

Ruskin retornó al interior de la cabina de pilotaje. Le ardían los ojos con la misma mirada de Melford, ambos tenían la boca apretada.

Pasaron tres minutos. Cuatro. Cinco. El “Single Star” iba derecho a las rompientes manteniendo una velocidad de quince nudos.

—¡Agárrese!

Fue un choque brutal que estremeció al “Single Star” de proa a popa, seguido por una serie de crujidos escalofrantes mientras la quilla se deslizaba sobre las cortantes rocas coralinas que iban tajándola como cuchillos. Ruskin y Melford casi cayeron, a pesar de estar preparados para la colisión. Rápido, el segundo dio marcha atrás. Con ello, el yate perdió ímpetu, alzó la proa y terminó deteniéndose escorado sobre el costado de babor. No había transcurrido un minuto.

Fraser fue sacado de su profundo sueño por el brutal choque, que lo lanzó fuera de la litera. Aturdido y sobresaltado, se levantó y corrió a la puerta, pero no pudo abrirla, sin duda el golpe la había encajado. En la oscuridad, maldijo y pugnó por abrirla...

Rankin y Melford dejaron la cabina de pilotaje y fueron a la parte trasera de la cabina de pasaje sacando el pestillo de acero que la cerraba. Ruskin gritó a los de abajo, con rudeza:

—¡Arriba, vosotros, si no queréis ahogaros como ratas!

La colisión había provocado primero que los seis encerrados cayeran

unos contra otros y todos al paso, entre gritos y pánico y chillidos femeninos. Aún estaban levantándose, golpeados, heridos y magullados, cuando oyeron a Ruskin. Nadie pensó en galanterías.

Halloran fue el primero en salir a la inclinada cubierta, para verse ante las pistolas empuñadas por Ruskin y Melford. Tras él lo hizo Gastón, seguido por Donna, Judith, Philbrook, y finalmente, Arlena. Formaron un nervioso y asustado grupo

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde estamos?

—¡A callar! Estamos encallados en una barra de arrecifes coralinos, el yate tiene su casco rajado de proa a popa. Ahí delante, a unas quinientas brazas, hay una isla. Todos sabéis nadar, todos, sin duda, deseáis salvar la vida. Solo tenéis que echaros al agua.

—Así que ese era vuestro plan, traernos aquí y provocar un naufragio.? Malditos locos...

—Podéis quedaros, si os place. Nosotros nos marchamos.

—¡Espera! ¿Qué...?

Pero ni Ruskin ni Melford les hicieron caso. Se fueron, sin perderles la cara, a la borda de babor, se guardaron las pistolas, saltaron con agilidad al exterior manteniéndose sujetos a la barandilla y desaparecieron, todo antes de que los otros reaccionaran.

Lo hicieron moviéndose alocadamente, como ratas a bordo de barco que se hunde.

—¡Es cierto, estamos encallados en unas rompientes!

—¡Ahí delante parece haber tierra!

—¡Yo no me quedo aquí!

—¡Pensad que nos trajeron por algo, no han encallado por accidente!
¡Es mejor quedarnos, estamos más seguros a bordo!

—¡Estamos en marea alta, en cuanto baje nos vamos a quedar en seco!

Entonces oyeron las desesperadas llamadas de Fraser.

—¡Ahí hay alguien encerrado!

Le abrieron, dejándole salir. Fraser necesitó pocas explicaciones, era marinero. Tras desahogarse con broncas maldiciones se aquietó y se unió al conciliábulo general.

—No sé dónde estamos, pero sospecho que muy lejos de toda ruta. Creo que Melford y Ruskin han ido trayéndonos hasta aquí aprovechando las borrascas y luego la noche, el cielo encapotado, todo lo que impedía comprobar el rumbo por el sol y las estrellas. Deben estar locos, pero, maldita sea, si algo tienen contra ustedes eso no nos atañía a Pitt y a mí, fiamos en el capitán...

—Pues ya ve cómo le ha pagado. ¿Va a unirse a nosotros contra ellos?

—Claro que sí...

Halloran había tomado el mando, cosa en él natural e innata. Los

demás no pensaban ahora en disputárselo.

—Vamos a esperar que aclare el día. Tanto Ruskin como Melford deben conocer esto muy bien, han encallado el yate en lugar previamente elegido y están ahora nadando hacia la isla. Sea cual fuere su plan, es evidente que esperan les sigamos a ella. Si no lo hacemos, tal vez cambien de idea, descubran su juego. Aquí tenemos de todo, no creo que corramos peligro inmediato de hundimiento. Estamos en marea alta, cuando descienda, el yate quedará con el casco al aire y entonces sabremos la índole de sus averías. Puede que el motor esté en buenas condiciones, si es así tal vez podamos reparar de algún modo las desgarraduras del casco...

Era un nervioso discurso más para autotranquilizarse que para tranquilizar a los demás, eso lo notó Fraser en seguida. Por su parte, estaba avezado a la mar y sus peligros, incluso había naufragado una vez, podía ver el lado bueno y el malo de la situación con mucha más frialdad que aquel grupo de pavos reales sin la menor duda incapaces, acaso con la excepción de Halloran, de afrontar lo que se les había venido encima. Decidió hacer algo práctico y le dijo.

—Lo primero es ver cuánta agua tenemos en el sollado y la bodega.

Eso resultó fácil. Hacia proa, apenas medio metro e iba en descenso lentamente. A popa aumentaba, hasta cubrir casi por completo la bodega. También el motor estaba anegado, eso era lo peor.

Amaneció una hora escasa después y lo hizo con gran rapidez. Entonces el agobiado grupo de náufragos descubrió cuál era exactamente su situación.

El “Single Star” se hallaba encallado prácticamente en mitad de una barra de arrecifes coralinos que en la marea alta no debían sobresalir del agua y en la baja apenas si lo hacían un par de metros en su mayor parte. La anchura media de la banda de arrecifes era de unos cien metros. Al otro lado se extendían las tranquilas y azules aguas de un “lagoon”. Como a un tercio de milla de donde estaban ellos se alzaba una isla.

Una pequeña isla, cuyo diámetro parecía no ser superior a una milla, de costa negra y acantilada, salvo en un punto, casi enfrente de ellos, donde parecía abrirse una escotadura en forma de V. La parte superior de la isla mantenía una altura casi uniforme y en ningún punto se alzaba más de un centenar de metros sobre el agua, ni menos de sesenta o setenta. Había vegetación, pero no excesiva. Y eso era todo. Por ningún lado veíanse rastros de presencia humana.

Un registro de la cabina de pilotaje había dado por resultado descubrir la desaparición de los mapas y la destrucción deliberada de todos los instrumentos de navegación que no podían ser echados directamente al mar. La evidencia penetró poco a poco en las mentes de los náufragos. Estaban perdidos en medio del Océano Pacífico, sin medios de saber, siquiera, su posición, ni aproximada.

Halloran y Fraser descubrieron otra sombría realidad cuando inspeccionaron el casco del yate. A uno y otro lado estaba tan destrozado que no lo habrían podido reparar ni unos carpinteros de ribera provistos de herramientas adecuadas.

—Tenemos que irnos a la isla —dijo sombríamente Halloran a los demás—. No nos queda otro remedio. En cuanto vuelva a subir la marea las olas comenzarán a destrozarse el yate, no aguantaríamos ni siquiera tres días a bordo. Hay que ponerse a construir una almadía para llevarnos todos los alimentos, todo lo aprovechable, antes de que se pierda.

Había que ver las caras de sus oyentes. Donna, sombría también, arguyó:

—¿Tú crees que nos permitirán hacerlo? Deben estar acechándonos desde la isla...

—Creo que es justo lo que esperan hagamos. Oíste a Howard, no quiere matarnos. Creo que voy comenzando a entender su plan, aunque todavía no comprendo por qué esos dos han hecho lo que han hecho.

—Por odio —chilló Arlena—. Por puro odio, no por otra cosa. Fui una gran estúpida aceptando venir, pero me engañó con su sucia hipocresía...

—No es hora para lamentaciones —intervino, rudo, Fraser. No sentía ninguna simpatía hacia sus forzosos compañeros de ordalía—. Hay que poner manos a la obra. Si estamos, como creo, en una isla desierta y alejada de las rutas normales, pueden pasar incluso meses antes de que nos encuentren, hasta la más pequeña lata de conservas nos será necesaria como aún ninguno de ustedes puede imaginar.

Fue entonces cuando aquellos seis se dieron cuenta clara de la situación. Pero fue el actor francés quien dio voz al pensamiento de todos. Una voz casi balbuciente:

—Es verdad, podemos pasarnos meses aquí, como salvajes...

Y eso, en verdad, era tremendo para todos ellos.

8

Capítulo

LA almadía era pequeña, pero bastante sólida. Resultó relativamente fácil construirla. Fraser y Halloran lo hicieron con la muy precaria y torpe ayuda de los demás. Para cuando comenzó a subir de nuevo la marea estaba casi terminada, al mediodía ya pudieron botarla. La cargaron con provisiones sacadas de la bodega; cajas, barricas, todo cuanto allí había fue transportado a cubierta por unas mujeres que, en su vida, al menos dos de ellas, habían realizado un trabajo manual, mientras los hombres fabricaban la almadía. Halloran y Fraser también fabricaron unos canaletes.

No subieron a la balsa hasta no haber traspuesto los arrecifes. No resultaba fácil avanzar sobre los arrecifes, pero era una distancia corta. Luego, en las aguas calmas del “Lagoon”, no hubo problemas. Mientras remaban fuerte, iban ambos examinando con ansiedad aprensiva la negra, hosca, costa acantilada.

—No se les ve. Pero sin duda nos están vigilando.

—Daría algo por saber qué piensan hacernos. No nos han hecho naufragar aquí tan solo por broma.

Eso, seguro. Pero aún era demasiado pronto para que un hombre como Halloran admitiera hallarse en igualdad con un marinero.

En efecto, al pie de la escotadura se abría una corta caleta terminada en una playa de arenas negruzcas. Allí el agua era intensamente verde y tan transparente que se podía ver el fondo, la magnífica, caleidoscópica vida que bullía en las aguas someras del “lagoon”. Por lo demás, al otro lado de la playa el terreno alzábase en pina cuesta. La vegetación era tropical, pero no demasiado lujuriente. Cocoteros, uno o dos pandanus, helechos. Pájaros no parecía haber, ni tampoco animales terrestres, aunque sí una especie de libélulas de brillantes colores y unos como moscardones azulencos. Un silencio total, abrumador, llenaba todo.

—¿Dónde estarán?

—No lo sé. Pero no van a dispararnos, lo habrían hecho ya, de ser ese su propósito. Vamos, descarguemos. Amontonaremos todo ahí, luego usted se quedará guardándolo. No se descuide.

“No se descuide”... Resultaba una advertencia idiota. Fraser solo

contaba con su navaja automática y con una pequeña hacha, únicas armas a bordo. Ruskin y Melford tenían pistolas, probablemente también armas largas traídas antes aquí, a esta isla. ¿Por qué Melford tuvo que elegirle a él, precisamente, para hacerle aquella cochinada? Había estado devanándose los sesos y lo único que halló no ameritaba una venganza así, era absurdo, a no ser que Melford se hubiera vuelto loco. Pero ni Melford ni Ruskin estaban locos, o él nada sabía de locuras.

Al quedarse solo se agazapó entre la maleza, ojo y oído alerta. Pero nada ocurría, absolutamente nada. Y eso era lo peor. Aquel par debían haber calculado al más mínimo detalle todo cuanto iba a suceder, lo que iban a hacer ellos. Pero no intervenían para impedirlo, ¿por qué? ¿Cuál sería su plan?

Si pudiera llegar a un acuerdo con Melford y Ruskin... A pesar de todo lo ocurrido no se sentía demasiado furioso contra ellos. ¡Qué demontres! Ambos parecían tener muchísimas razones, y muy poderosas, para hacer lo que estaban diciendo...

Aquella idea se puso a roerle el cerebro mientras miraba hacia los arrecifes, donde se distinguía perfectamente el yate embarrancado, también, más diminuta, la pequeña almadía que Halloran empujaba hacia allí. Y muy pronto se le volvió acuciante la necesidad de entablar contacto con los otros. Si lograba que le aceptaran sin duda su situación mejoraría. Después de todo, nada le costaba intentarlo. Y todos aquellos individuos ahora en el yate no eran sus amigos, ni nunca le tratarían como a un igual. Hasta ellas, con toda su belleza, le desagradaban.

No lo pensó más. Saliendo de donde se encontraba comenzó a trepar por la empinada ladera hacia la parte alta de aquella especie de derrumbadero. La tierra era negra, la vegetación abundante, el silencio absoluto, punteado por el monótono golpear de las lejanas olas contra la parte externa del arrecife, el calor húmedo, pegajoso. Halló pronto las huellas de Ruskin y Melford impresas en el terreno, las siguió y notó en seguida que ellos habían escogido el punto de acceso a la parte alta menos fatigoso.

Luego llegó a la cima y lo vio todo.

Vio que la isla formaba un círculo irregular, de altura bastante pareja y un diámetro aproximado de una milla. Toda la parte interior estaba hundida, con farallones negruzcos y rojizos separados por una especie de derrumbaderos. El terreno, al pie de aquellos farallones, formaba laderas de distinta inclinación y, en su centro, quedaba una planicie que podría tal vez tener un cuarto de milla de diámetro por algo menos. Había una abundosa vegetación de tipo tropical en aquellas laderas y aquel fondo plano, pero, por más que se desojó buscándola, Fraser no descubrió la menor huella de presencia humana, o algo semejante a viviendas.

Haciendo bocina con sus manos llamó a Melford y a Ruskin. Pero solo

le contestó el eco.

Fraser volvió a sentir una fuerte inquietud psíquica. El aire allí, en el interior de la isla, era pesado, quieto, tenía algo que lo hacía desagradable, aunque resultaba muy difícil averiguar por qué. Y aquel silencio...

Volvió, no obstante, a llamar. Y descendió hacia el interior del hondón que era toda la isla. Nada, ningún ruido, ningún animal, ni pájaros...

Luego, de pronto, un ruido a su espalda y, al volverse sobresaltado, les descubrió. Estaban tras él, empuñando sendos rifles automáticos, armas excelentes y mortíferas, que desde luego debieron tener ocultas en la isla. Vestían cómodas ropas, secas y holgadas, su calzado era también muy acomodado al terreno.

—Así que has decidido venir a ofrecernos tus servicios... —había una fuerte carga de burlón desprecio en la voz de Ruskin—. Adelante, haz tu oferta.

Fraser había sentido al pronto un desagradable escalofrío. Ahora sintió otras emociones no menos ingratas e inquietantes mirando a aquellos dos hombres armados. Pero estaban echados los dados, tenía que ser astuto o su pellejo no iba a valer un dólar.

Dijo todo cuanto tenía que decir y le escucharon en total silencio. No le apuntaban, ni hacía falta. Podían matarle con la mayor facilidad del mundo. Tenía que convencerles o estaba perdido, aquel par no estaban locos, algo planearon para vengarse de los demás sobre seguro; él iba incluido en el saldo...

Cuando hubo terminado aguardó, ansioso, su decisión. Ruskin se la hizo saber con el mismo tono duro y desdeñoso.

—Personalmente no tengo nada contra ti y tampoco Melford. Pero no entra en nuestros planes admitirte como socio, ¿comprendes?

—No me van a matar...

—De haber pensado en matarte ya estarías en el vientre de los tiburones. ¿De qué eres capaz para salvar tu pellejo?

Fraser estaba pensando muy aprisa. Jadeó:

—De lo que sea... De veras, señor Ruskin, el capitán puede decírselo, póngame a prueba.

—Lo voy a hacer. Ahora regresarás a la caleta y esperarás a los demás.

—Pero...

—Calla, escucha y obedece, es tu única oportunidad. Volverás a la caleta, te quedarás allí, no dirás a ellos que viniste a tratar con nosotros, te coserás la boca, permanecerás a su lado de ahora en adelante, oirás cuanto hablan y vendrás a contárnoslo sin que ellos lo adviertan ni sospechen. En una palabra, serás nuestro espía entre esa gente, ¿entendido?

—Sí...

—Bien. A cambio de eso vas a tener algunas ventajas. Por ejemplo, comida civilizada...

Dijo cosas que pusieron el vello de punta a Fraser y otras que le hicieron comprender dónde estaba metido, que en efecto solo contaba con una mínima, pero bastante segura, posibilidad de sobrevivir. Y eso era lo importante, todo lo demás muy accesorio.

—Ahora vuelve por donde viniste. Esos no tardarán en retornar. No lo olvides, estamos vigilando, lo estaremos siempre de día y de noche, en todo momento. Y la traición, amigo, la pagarás de un modo tal que comparado con él la suerte de esos otros resultará cosa de broma.

No estaban locos, no. O tal vez sí; pero, en cualquier caso, lo suficientemente cuerdos como para resultar inatacables. El trato que Ruskin le proponía era el clásico clavo ardiendo. No tenía opción...

Ya venían con la balsa cargada a través del “lagoon”, bajo el cálido sol de la primera hora de la tarde, cuando Fraser retornó velozmente a la playita. En lo alto, a la sombra de unos árboles achaparrados, Ruskin y Melford le miraron descender, vieron venir también la almadía. Sus expresiones eran reconcentradas, duras, amargas, sardónicas. No de locos.

—Tenía razón, Melford. Ese tipo es tal como usted dijo y ha actuado tal como supuso.

—Le conocí muy bien, luego pude comprobar que los años no lo habían cambiado.

—Es curioso, parece no tener idea del por qué está aquí...

—Ni sospecha siquiera que yo pueda saber la sucia tarea que realizaba antaño a bordo del “Hunter”. Los chivatos y soplones son así; para él sigo siendo sin duda el hombre estúpido, íntegro, fácil de embaucar, que conoció en la Marina. Ahora ha hecho sus cuentas y comprendido que somos los más fuertes, hará cuanto le hemos ordenado y lo hará muy bien, esperando su oportunidad para escapar.

Emitió una seca risa que no revelaba pizca de alegría...

Esta vez con Halloran llegaba el abogado. Ambos bastante inquietos, a decir verdad, por la suerte que pudiera haber corrido Fraser. Al descubrirle en la playa, esperándoles, demostraron evidente alivio. Pero Fraser no estuvo demasiado seguro de que el millonario no recelara algo de la verdad, porque sus ojos azules parecieron mirarle con cierto recelo todo el tiempo, mientras descargaban la almadía. Con todo, Fraser procuró alejarles las sospechas.

—Hasta ahora no los he visto, ni tampoco oído. No, no he tratado de buscarlos, no me interesa recibir un balazo.

Se mostró deliberadamente rudo con Halloran, que pareció sorprendido y enfadado, pero se refrenó, tornándose glacial. Eso fue todo. Por su parte, Philbrock estaba fatigado, abrumado, nervioso. No pareció darse cuenta de nada y apenas descargaron la almadía se tumbó a la sombra de los árboles, declarando estar agotado. Halloran miró fijo a Fraser y le ordenó retornar a los arrecifes.

—Hay que seguir haciendo viajes hasta tener aquí todo lo que puede servirnos. El yate no aguantará los embates del oleaje en la marea alta por más de un par de días, o tres. Usted y yo nos turnaremos en los viajes.

Fraser se encogió de hombros, subió a la almadía y se dispuso a atravesar el “lagoon”. No le importaba dejar a aquellos dos en la playa, estaba seguro de que no osarían lanzarse a explorar la isla.

La marea estaba ahora en su punto más bajo y debió abandonar la almadía por la parte interior del arrecife. Lo hizo atándola a uno de los escollos madreporicos, luego avanzó, saltando cuidadosamente sobre ellos, hacia el yate. Las tres mujeres estaban ahora en bañador de dos piezas, así como el actor francés; pero ninguno pensaba ahora en trivialidades de ninguna clase. El “Single Star” había escorado más aún sobre el costado de babor y Fraser supo que el pronóstico de Halloran era exacto. A cada nueva subida de marea las olas irían tumbándolo más y más, hasta que no fuese posible permanecer en su interior ni tampoco sobre la inclinada cubierta. Y antes de muchos días, en cuanto se presentara una ligera borrasca, el “Single Star” quedaría destrozado. Había que darse prisa...

Y para él, ahora, todo este trabajo resultaba un sarcasmo atroz. Pero no podía decírselo a los otros, formaba parte del trabajo por el que, en adelante, iba a recibir paga.

9

capítulo

AL caer la noche, todos los náufragos estaban reunidos en la pequeña playa al fondo de la caleta, alrededor de un alegre fuego encendido con madera traída previsoramente del yate y también con ramas secas recolectadas cerca. Nadie, aún, había tratado de imitar a Fraser subiendo a explorar la isla. De hecho, el único que podría haberlo intentado hallábase tan fatigado como lleno de preocupaciones. Los demás solo tenían miedo encima.

Fraser se había encargado de preparar la cena para todos. Se esmeró, él mismo estaba hambriento y excitado. Ahora que conocía lo que esperaba a sus compañeros su anterior encono había remitido mucho, casi les tenía compasión. Cuando supieran... Iba a ser para ellos un durísimo golpe, tal vez alguno preferiría suicidarse. En fin, ahora solo le quedaba jugar el juego, esperar su oportunidad.

Todos habían comido hoscamente, con poco apetito. En cambio, bebieron mucho, sin excepción. También Fraser, pero manteniéndose en límite prudente. Ahora, fumaban y bebían café negro, licores, alrededor de la hoguera en un sombrío campamento. Halloran se había arrogado la jefatura y resumió a su modo la situación.

—Hemos podido poner a salvo todas las provisiones que había a bordo. Calculo que podrán durarnos, si las ayudamos con lo que la isla nos pueda dar, frutos, mariscos, pescado... para algo más de un mes. Si en ese tiempo no logramos atraer la atención de un barco, o avión, nuestra situación se tornará muy desagradable, tenemos que afrontarlo desde ahora sin hacemos ilusiones.

—¿Y si tratáramos de hacer una almadía grande con los restos del yate? —inquirió Donna—. Quizás podríamos arribar a otra isla...

—No debe haber ninguna lo bastante cerca, de eso ya se habrán ocupado tu exmarido y Howard.

—Pero es horrible, no podemos permanecer aquí, reducidos a comer pescado y cocos... —Judith aún no parecía haber terminado de asimilar la realidad. Ni el actor francés, hombre de tierra adentro.

—Hay que buscarles, tratar de llegar a un acuerdo, si es preciso disculparnos, lo que sea... Todo antes que pasarnos aquí Dios sabe cuánto

tiempo...

Separado de ellos, Fraser fumaba y bebía a lentos sorbos su café oyéndoles discutir su presente situación con una absoluta irrealidad, diciéndose que cuando la verdad les fuese revelada iba a ser excesivo para casi todos ellos. Una venganza especialmente cruel, sádica, la de Ruskin y Melford. Al menos a su antiguo capitán en la “Navy” no lo reconocía. Pero una mujer puede cambiar mucho a un hombre con su traición, eso era algo que él sabía.

Se calló, y les dejó seguir haciéndose ilusiones, ya llegaría la mañana. ¿Dónde estarían ahora Ruskin y Melford? Tranquilos y cómodos, sin duda. Pensando en ellos, regodeándose en la venganza, esperando sus informes.

No aparecieron en todo el día siguiente, que los náufragos emplearon, con un nervioso afán que traslucía su absoluta necesidad de moverse, de no pensar, en terminar de vaciar el yate de todo cuanto pudiera servirles para permanecer lo más cómodamente en la isla.

—Puede que no haya agua potable, la isla parece muy pequeña. Y puede que la haya, pero ellos nos la nieguen —había dicho Halloran, demostrando otra vez su lucidez cerebral—. Tenemos que traer toda la que hay en los tanques de a bordo, utilizando cuantos recipientes puedan servirnos para el caso.

Un trabajo de hormigas... y a ninguno se le ocurrió la idea de subir el repechón de la escotadura para explorar la isla. Eso demostraba su total inadaptación psicológica a la situación en que se hallaban. Fraser no se molestó en indicárselo. ¿Para qué?

Fue la segunda noche cuando Halloran lo mencionó.

—Lo principal ya lo tenemos aquí, lo otro puede esperar un día. Mañana vamos a explorar la isla para conocer sus posibilidades.

—¿Y si nos les tropezamos?

—Eso espero. Tendrán que dar la cara y explicarnos qué pretenden con todo esto. No han aparecido, están tratando de rompernos los nervios.

—Pues lo van a lograr muy pronto conmigo...

—No. Nadie se va a poner histérico, porque entonces estaremos perdidos. Es lo que esperan, que perdamos el control, que nos arrastremos a sus pies mendigándoles gracia. ¿Aún no os habéis dado cuenta? Sospecho que Ruskin ha maquinado todo esto para vengarse de nosotros, para humillarnos y abatirnos, pero también para forzarnos a aceptar sus condiciones, que pueden ir desde obligarme a cederle una buena tajada de mis beneficios y el control de alguno de mis negocios hasta hacer que tú, Arlena, aceptes volver a su lado...

Sí, seguían aún en su limbo, incapaces de comprender la verdadera índole de la trampa en que habían caído. Eran como brillantes mariposas atrapadas en una tela de araña y convencidas de que la araña les dejaría volver a volar con solo que le dejaran parte de sus colores.

Habían preparado un sombrije con lonas, palos, cuerdas, entre tienda de campaña y choza, para dormir allí, en los colchones que se trajeron del yate, con las ropas de cama también traídas. Habían apilado cuidadosamente, tapándolos con lonas, todos los cajones y demás bultos de provisiones. Habían hecho todo lo que tales gentes eran capaces de hacer, uniendo lo patético a lo ridículo. Y ahora, al mediar la mañana del tercer día después del naufragio, emprendieron la exploración.

Había que verles. Se prepararon como para una excursión de placer. Naturalmente, se habían traído todas sus cosas, más faltaba. Ellas iban arregladas, maquilladas, provistas de cremas y demás, que llevaban en sus “necessaires” haciéndoselos llevar a los hombres. Digno de ver...

Ascendieron sin mayores dificultades a la cima de la escotadura y se detuvieron en lo alto, contemplando, atentos, un poco desconcertados, el panorama.

—Esto parece el cráter rellenado de un antiguo volcán...

—Debe serlo. Sigamos.

Naturalmente, Halloran iba delante, con Fraser. Encontraron sin dificultad las huellas de Ruskin y Melford.

—Han estado acechándonos todos estos días, los muy...

Habían estado, sin lugar a dudas, imprimiendo su rastro, eso cualquiera con un poco de sentido común y experiencia del campo lo vería. Un rastro lo suficiente claro para que aquellas gentes no pudieran perderlo. No lo perdieron.

—Qué lugar más siniestro, no me gusta nada...

—¿Es que no habrá pájaros?

—Al menos hay flores...

Bellísimas, de morbosa belleza. Y árboles, una vegetación densa, lujuriente, tropical, pero extraña. De momento no vieron más frutales que los cocoteros. La atmósfera, típica de las tierras bajas del trópico. Pero seguía existiendo aquel “algo” en el aire que disgustaba a Fraser. Curioso, que fuera Judith la única, entre los otros, que también lo advirtiera.

No había mucho que caminar. Apenas tres cuartos de milla, contando la bajada y los rodeos. Un silencio absoluto, un ambiente opresivo.

—La isla debe estar desierta.

—¿Dónde estarán esos dos? Me crispa los nervios este silencio...

—Seguro que acechándonos...

No. Lo descubrieron al llegar al borde suroriental de la concavidad, justo allí donde era algo más elevado el murallón rocoso.

—¡Mirad eso!

—Deben estar ahí...

Sin duda. Tuvieron tiempo sobrado para elegir el sitio. Una antigua boca de fuego, un agujero en la base del farallón, como a unos treinta metros de altura sobre la explanada interior y sesenta o setenta de la cima.

Allí, la pared interior del antiguo cráter caía a pico, lisa, casi como pulida, con sus estrías metálicas brillantes al sol. Colores siniestros en su pulimentada brillantez...

Para llegar allí arriba era forzoso ascender por una estrecha escotadura sin duda dejada en su día por la lava, pero por la que, ahora, descendía una minúscula corriente de agua formando cascaditas, terminando en un charco de apenas seis pies de diámetro y del que no surgía ninguna corriente. A un lado y a otro habían sido talados los árboles, arrancados los arbustos, de modo que quedara un amplio campo de visión desde la cueva sobre todo el interior del cráter. Además, se debió utilizar dinamita para derrumbar rocas y tierra suelta en cantidad suficiente. Un trabajo muy bueno...

La boca de la cueva acaso tendría cuatro metros de anchura por otros tantos de altura. Estaba tapiada por completo con una pared de rocas unidas con cemento en la cual se abrían dos aberturas: una puerta de apenas dos metros de altura por la mitad de ancha, y una ventana algo más alta.

Por aquella puerta asomaron, despacio, Ruskin y Melford. Con sus rifles, sin prisas, dominando al pequeño grupo ahora detenido junto al charco al pie de la cueva.

Hubo un instante de gran tensión, de silencio absoluto. Luego habló Ruskin con una voz calmosa, fría, casi, casi, amistosa en su sarcasmo:

—Al fin os decidisteis a venir a conocer lo que os espera...

Aquella voz estremeció a los de abajo por todo lo que estaban viendo. Pero de nuevo fue Halloran quien se convirtió en portavoz del grupo.

—Ya vemos que lo habéis preparado todo muy bien, Howard. De acuerdo, tú ganas. ¿Cuáles son tus condiciones para terminar con esta estúpida situación?

Ruskin se tomó un tiempo. Él descendió, pero Melford se quedó atrás, a corta distancia a su espalda. Cuando llegó a media docena de metros por encima del grupo, Ruskin se detuvo, reclinándose contra la roca, el rifle en las manos de modo casi desmayado. Otros pocos metros por encima, Melford, impasible, duro, amargo, se sentó en un reborde de la roca y se colocó el suyo sobre las rodillas.

—Ante todo, muchachos, oídme esto. Cualquier tonto intento vuestro para atacarnos cuando conozcáis la verdad será inútil. No deseamos mataros de un balazo, eso por descontado; pero os dispararemos a las piernas, ¿entendido?

—¡Habla de una vez!

—Hablaré. Ante todo, para deciros que nos encontramos en una isla pequeña, desierta desde siempre, amén de situada muy lejos de todas las rutas, marítimas o aéreas, de esta zona del Pacífico. Concretamente, a dos mil millas de la tierra más próxima. Ni siquiera consta en los mapas, fuera

de las cartas marinas. Como la rodea un cinturón de arrecifes muy peligroso, sin canales lo bastante grandes para permitir el paso de un barco de pequeño calado, y como al exterior, lo habéis visto por su parte noroccidental, presenta cantiles a pico sobre el mar, sin otra escotadura de acceso que aquella en la que acampáis ahora, nadie viene nunca por aquí. Incluso durante la guerra mundial nuestra marina la desdeñó tras un primer reconocimiento superficial...

—Un lugar muy bien elegido. ¿Cómo diste con él?

—Melford me habló de él. Fue el oficial entonces encargado con una patrulla de examinar la isla. Es, puede decirse, casi el único hombre del mundo que entonces conocía su curiosa topografía. Pero seguiré mi explicación. Esta isla es un volcán submarino extinguido y rellenado, nada más. Tres cuartas partes de su superficie total son estériles, como pronto comprobaréis. Mide exactamente dos mil ochenta yardas de longitud máxima por mil ochocientas doce de máxima anchura, apenas si una milla cuadrada en total. Constituye la más perfecta cárcel imaginable para un grupo.

Todos sintieron un escalofrío. Donna dijo, hosca:

—¿Quieres decir que has formado aquí tu Alcatraz privado?

—Eres muy inteligente, Donna. Sí, eso es.

—¡Pero no puedes...! ¡Vendrán...!

—Nadie vendrá, porque nadie sospecha la verdad. Las tormentas de los últimos días nos han ayudado muchísimo, a estas alturas todo el mundo debe considerarnos en el fondo del océano.

—¡Nos buscarán, registrarán el mar....!

—Dos mil quinientas millas al norte de aquí. Dentro de ocho días llegarán las grandes mareas equinocciales y el “Single Star” desaparecerá. Tendréis que daros mucha prisa a desguazarlo, os lo aconsejo.

—¡Estás loco! ¡Los dos estáis locos!

—No. Lo que sí tengo es cáncer incurable.

Junto al charco, todos se quedaron sin aliento. Algunos comenzaron a entender y se les erizó el vello en la nuca mientras comenzaba a helárseles la sangre. Ruskin dejó que su afirmación calara, luego siguió, con la misma lenta, sarcástica imperturbabilidad:

—Estoy seguro de que esa noticia os alegra mucho, por eso os la he dado. Añadiré más. Me quedan, aproximadamente, tres meses de vida como máximo. Una forma especialmente maligna y virulenta de cáncer, pero que no duele hasta un par de semanas antes del final. Luego es un anticipo del infierno.

Tampoco dijeron nada. Estaban asimilando la noticia y sus implicaciones.

—Cuando varios especialistas, a quienes visité en el más absoluto secreto durante mis viajes de negocios, me confirmaron el diagnóstico,

sentí la lógica desesperación, hasta pensé pegarme un tiro. Pero entonces me llegó la más grandiosa de las ideas y me devolvió el afán de vivir. La venganza, alguien lo dijo, es el placer de los dioses. ¿Por qué no convertirme en dios antes de morir?

Rio, como divertido. Una risa ronca, acerada. Los de abajo, ahora, le miraban como fascinados.

—A partir de entonces puse manos a la obra. Ante todo, realicé una lista de las personas que me gustaría más aniquilar. Mientras tanto busqué un lugar adecuado para mis propósitos y alguien que aceptara ayudarme, a cambio de mucho dinero pero también por algo más que dinero. En eso me acompañó la suerte, porque di con Melford, un hombre precisamente conectado con una de las personas que más aborrezco y desprecio; contigo, Mike.

Halloran apretó más la boca. Estaba comenzando a sudar frío.

—Le hice venir a mi despacho y lo tanteé. No tardé en descubrir que había dado con mi hombre. Melford, me lo confió, confirmando mis propios informes, era un pecio a la deriva, sin horizontes, ilusiones ni esperanzas desde que su esposa, de la que estaba ciegamente enamorado, mientras él hacía la guerra, se entretuvo poniéndole los cuernos con cuantos hombres podían ayudarla en sus ambiciones de triunfar y luego, cuando él se enteró, le dijo cínicamente que él solo le había servido como un escalón más en su ascenso a la cima, ya no le servía para nada y podía irse a reventar donde mejor le pareciera. Tú eres esa mujer, Donna.

Donna estaba muy pálida y tensa ahora, porque veía la cara de Némesis. No contestó. Ruskin prosiguió, pues:

—Tenía a mi hombre y él conocía el lugar perfecto para mi plan. Nos entendimos en seguida, nos unía la misma amarga ansia de venganza, también yo cometí el error de enamorarme de una mujerzuela sin escrúpulos que me hizo pagar caro, en dinero, humillaciones y otras miserias, mi error al desposarla, echando por la borda mi anterior matrimonio con una mujer que, al menos, me había sido fiel y me había querido a su manera torpe, pero sana. Tú, Arlena.

La aludida se estremeció nerviosamente. Tampoco tenía ganas de hablar.

—Melford y yo trazamos cuidadosamente nuestro plan. Teníamos tiempo, pero sobrado. Por una serie de razones debí eliminar de mi lista a muchos que me hubiera gustado traer aquí, hasta quedarme con vosotros seis. Cinco míos, uno de Melford, era su parte en el negocio.

—¡Yo no tengo nada contra usted, maldito sea...! —chilló Gastón, descontrolado, echando un paso adelante. De inmediato se vio apuntado por el rifle que empuñaba Ruskin.

—Quieto ahí, “salaud”. Haz memoria. París, veintitrés de Marzo del cincuenta y seis, un hotelucho en la Rue Parmentier, una muchacha de

dieciséis años llamada Eliane Northal. La recuerdas, ¿verdad?

Era hielo viejo su voz. Y ahora, Gastón Châtel estaba lívido.

—¿Qué tiene ella que ver con usted?

—Era mi hija natural. Tardé cuatro años en saber quién era el sucio hijo de perra que la embaucó, enseñó a drogarse y la utilizó para los “ballets rosé” cobrando su comisión como la cobraba de otras. La policía francesa te conocía, pero no poseía pruebas suficientes contra ti, estabas muy bien respaldado por tus clientes y, mientras tanto, habías conseguido el premio gordo, un papel estelar en una película de gran éxito mundial y un sustancioso contrato para Hollywood, eras “gente”. Me tuve que aguantar.

—¡Yo nada tuve que ver en su muerte...!

—Una sobredosis excesiva de droga, inyectada adrede para que no se cumpliera su amenaza de volverse a casa y tirar de la manta revelándolo todo. Tú mismo lo hiciste, “salaud”. Tú y tu gran amigo Jolliet. Es inútil que te molestes en negarlo.

Gastón Châtel no lo negó más. Estaba impresa, en su guapo y asustado rostro, la culpabilidad. Incluso sus compañeros de infortunio se apartaron de él.

—Tú, Tom, eres un sapo injertado en buitre y serpiente venenosa —prosiguió Ruskin, implacable—. Cuando Arlené fue a pedirte que le consiguieras el divorcio, con mucho dinero, sabía lo que estaba haciendo, conocía tu gran fama. Naturalmente que la ayudaste. Sacaste a relucir cuanto llenaba mi cubo de basuras, me lo refregaste por la cara en los periódicos, diste todo ese material, y otro pergeñado por ti con tus especialistas, a los periódicos, a gentes como Donna Martin, para que lo airearan, pagándoles en parte con dinero, como a Donna, en parte con información sobre otros desdichados, en parte presionándoles con lo que sabías de ellos. Tuviste un gran éxito, estás habituado a tenerlos. Y le cobraste a Arlena un cuarto de millón de dólares, la tercera parte justa de lo que le quedó en limpio de la indemnización que me arrancasteis. Además, te acostaste gratis con ella, lo que no es mucho, digamos una propina. No te importó nada de mí, ni de algunos otros, como por ejemplo mi hijo Neil. Ya sabes, el que se mató por accidente con su coche en una carretera de la costa. Solo que no fue un accidente, me lo dejó escrito. No pudo resistir la avalancha de basura pestilente que volcaste sobre mí y, de rechazo, sobre su joven vida.

Bajo sus implacables palabras, el abogado se hundió a ojos vistas. Pero Ruskin era implacable, se encaró con Judith.

—Todo el mundo sabe tan bien lo que eres, Judith, que ahorraré saliva describiéndote. Te imaginas que estás aquí traída por mi despecho, por tus constantes negativas a acostarte conmigo, porque me enamoré de ti de un modo morboso... No, muchacha, no hay ni nunca hubo nada de eso. En el

fondo de mi odio hacia ti tan solo hay asco. Ese asco tiene un nombre, Virginia. Sabes a quién me refiero, ¿verdad?

Judith parecía del todo desconcertada. Y aterrada.

—¿Eres tú...?

—¿Te sorprende? Ya ves, algo debo tener cuando ella se enamoró de mí lo suficiente para venir a contármelo todo y acto seguido tragarse dos tubos enteros de luminal, dejándose ahogar en el agua caliente de su baño. Ella hubiera, podido salvar mi alma, ya que no mi vida, Judith; pero no pudo, por tu culpa. Eso te ha unido a los demás aquí.

El juez ya había expuesto las culpas de los reos. Ahora faltaba la sentencia.

—Ya lo veis, tanto Melford como yo estamos armados. Ahí arriba disponemos de una verdadera fortaleza. El muro es de rocas y cemento, los dos lo alzamos con ayuda de un par de hombres que ni siquiera sabían dónde estaban y ahora viven muy lejos, no tienen la menor idea de lo que hicieron ni para quién, tampoco se enterarán de nuestra desaparición. La puerta es recia y reforzada, tiene una excelente cerradura. Por la ventana nadie puede entrar. Dentro hay todo lo necesario para disfrutar de unas cómodas y largas vacaciones, incluido un pequeño equipo electrógeno. Libros, bebidas, alimentos, un televisor, discos, de todo. Víveres suficientes para nosotros hasta mi muerte. Melford no siente el menor deseo de vivir, ya se habría matado hace tiempo. Cuando yo muera, aguardará a comerse la última lata de conservas y beberse la última botella de vino, luego se pegará un tiro.

Hizo una nueva pausa. Abajo, los reos le miraban como alucinados.

—Ya os dais cuenta, ¿verdad? No hay para vosotros esperanza. Jamás saldréis de aquí, no volveréis al mundo, a vuestras existencias alegres, brillantes, cínicas, inmorales, de malditos parásitos tan cargados de vicios y malignidad como de bacilos las ratas portadoras de peste. Pero tampoco tenéis, ninguno, por distintas razones, coraje bastante para llegar al suicidio. Por si acaso en eso pudiera engañarme lo arreglé de modo que para daros la muerte tengáis que recurrir a medios primitivos, nada acordes con vuestra psicología. No disponéis de un arma aceptable, tampoco de alimentos, ni de comida. ¿Por qué creéis que os hemos dejado afanaros como hormigas descargando el yate? Hemos gozado mucho viéndoos hacerlo. Pero en esas cajas solo hallaréis latas llenas de guijarros y de arena, de algodón sucio y de otras porquerías. Todas las botellas han sido cuidadosamente llenadas con agua de mar y con orines, eso sí, volviendo a lacrarlas cuidadosamente. De ahora en adelante, cuando se os terminen las pocas provisiones verdaderas que os quedan, tendréis que comer lo que halléis en la isla y el “lagoon”, que va a ser muy poco. Vais a vivir como bestias, como salvajes, amiguitos. No hay más agua potable que la de este manantial en la isla, de modo que a diario deberéis venir a

abreviar aquí, bajo nuestras miradas. Porque no vais a mataros, sino que os aferraréis a la cochina vida, a la esperanza de que alguien pase cerca y os descubra... Bueno, hasta que me llegue la muerte espero divertirme mucho viéndoos degradaros a toda prisa hasta el nivel de vuestras podridas almas...

10

capítulo

ARENA, piedras, algodones sucios. Agua de mar y orines. Ninguna herramienta en las cajas que debían contenerlas, en vez de ellas hábiles imitaciones de plástico, de juguete. Un sarcasmo atroz. Habían pasado tres días vaciando el yate de toda aquella porquería inútil...

Cuando la desesperación cedió, quedó el más profundo abatimiento. Luego otra forma de desesperación, más honda, más total. Eso fue todo.

No se suicidaron. Howard Ruskin conocía a sus enemigos muy a fondo, estudió su psicología, se gastó buen dinero en obtener información de psiquiatras por diversos conductos. No se suicidaron. Podían tirarse al mar desde lo alto de los acantilados, ahorcarse de cualquier árbol, clavarse un cuchillo de postre previamente afilado... No se suicidaron. De repente les entró una furiosa ansia de vivir.

—Tenemos que resistir, como sea... Nos han mentido, no serán capaces... Puede pasar un barco, un avión, aunque sean desviados por una tempestad...

Hallaron razones válidas para aguantar. No las razones que otras gentes tendrían, sino las de los seres abyectos y cobardes. Ante todo, vivir, aunque fuese a costa de las máximas humillaciones. ¿Qué importaba? Después de todo, mientras hay vida hay esperanza...

De hambre no iban a morir. No, eso no interesaba a Ruskin ni a Melford. Había cocoteros, pandanus, arbustos de bayas comestibles, hierbas que, cocinadas, resultaban digeribles también, hasta sabrosas. Había pescado abundante en el “lagoon” y en los arrecifes, mariscos, crustáceos... No iban a morir de hambre.

La necesidad aguza el ingenio. Al menos un par de ellos y una de ellas sabían, aunque casi lo hubieran olvidado, hacer algunas cosas. El resultado fue una vivienda común, utilizando lonas, maderos del yate y ramaje. Le tocó a Fraser la tarea más dura, naturalmente. Pero tuvo sus compensaciones.

Colectivamente no hubo ningún intento de ablandar a los dos hombres encastillados en la cueva del farallón, no por otra razón sino porque todos ellos sabían muy bien que no iban a lograr nada y al menos evitaron humillarse ante los demás. Pero sí hubo varias intenciones aisladas, furtivas.

Todas fracasadas.

Las dos primeras semanas aún fueron soportables, psicológicamente, para el grupo de condenados. Había cosas que hacer. Desguazaron al máximo posible el yate embarrancado, transportando sus despojos al interior del cráter y construyeron su vivienda, recolectaron víveres... Tenían encendedores automáticos, cajas de cerillas, ropas, colchones, aun algunos alimentos normales... Hizo buen tiempo, además.

Luego vino una borrasca que duró solo veinticuatro horas. Bastó para llevarse los restos del “Single Star”, para mostrar infinidad de deficiencias en la vivienda apresuradamente construida, para enseñarles brutalmente la inmensidad de su desamparo. Casi al mismo tiempo se terminó la última lata de comida civilizada, también la última botella de licor. Y ni en el cielo ni en el mar habían asomado señales, indicios, de barco o avión.

Entonces comenzó el verdadero desmoronamiento. Hasta aquel momento se habían sostenido mal que bien unidos en la desgracia por una especie de comunidad espiritual. A Fraser lo utilizaban, pero manteniéndolo al margen de modo ostensible. A él no le importaba demasiado, a decir verdad. Cada tres días procuraba alejarse de ellos con cualquier pretexto, iba a determinado punto al pie del paredón interior del cráter extinto y encontraba una cantidad de provisiones suficiente, y solo suficiente, para alimentarlo durante aquel lapso de tiempo. También a Ruskin y a Melford, alerta, implacables, desdeñosos, exigiéndole a cambio información y dándole instrucciones.

—No van a tardar en desmoronarse, en cuanto se les acabe la última lata de conservas y se beban la última botella. A partir de entonces tú tomarás paulatinamente el mando, arrebatándoselo a Halloran. Ellas te facilitarán las cosas...

En efecto, en cierto sentido ellas se las facilitaron. Judith fue la primera en ofrecérselo, con un cínico impudor. De todos modos, aun conociendo su catadura moral, era demasiado bella y atrayente para rechazarla. Fraser estaba decidido también a sobrevivir, cogido entre dos fuegos. Judith, desde luego, no daba nada por nada.

—Eres fuerte, vigoroso, un verdadero hombre. Halloran te es superior por su cerebro, pero en esta isla y en estas condiciones tú vales más.

Sí, él valía más. Él sabía conseguir la mejor pesca, trepar a lo alto de los cocoteros, cocinar todo lo que se conseguía. Él estaba habituado a pasar privaciones y trabajos, por tanto, se había adaptado aprisa a la situación. Judith, su instinto de hembra, díjole quién, a la larga, sobreviviría mejor. Trató de conquistarlo antes que lo hicieran las otras dos, estaba convencida de lograrlo con aquel vulgar marinero de pocas palabras, ni le pasó por las mientes que él pudiera despreciarla mucho en lo profundo de su corazón aunque, hombre a la postre, cediera con aparente facilidad a sus solicitudes amorosas, por llamarlas de alguna

manera.

Arlena fue la segunda. Más astuta, tenía otra escuela, pero lo mismo de directa, concreta, cínica, egoísta y calculadora.

—Ellos no valen nada comparados contigo, me he ido dando cuenta en todos estos días... Pero conviene que no lo sepan, ¿sabes? Ese par de individuos son peligrosas, créeme. No les hagas caso...

Le contó cosas de Judith, y de Donna. Historias asqueantes incluso para el estómago de un marinero. Quería asquearlo, desde luego, embaucarlo, quedárselo para sí, conseguirse gracias a él los mejores bocados de la comida que ahora todos debían buscar, recolectar. No le importaba traicionar a los de su clase como en su día no le importó traicionar a su marido.

Donna, en cambio, no lo buscó de aquella manera. Dura, incisiva, sarcástica, utilizó un sistema ciertamente más efectivo, a la larga. Hacerse valer.

—Ese par de guarras andan ofreciéndose en competición, ¿verdad? No te hagas ilusiones, no les interesas sino como proveedor de emociones nuevas y de comida abundante. Harás bien en divertirte con ellas, después de todo estás en tu derecho. Pero ten cuidado, porque son peligrosas...

Eso ya lo sabía Fraser. Peligrosas solo en un sentido, naturalmente.

Los días comenzaron a pasar muy despacio, a perderse el sentido del tiempo. Muy pronto comenzaron las peleas, por cualquier motivo, incluso absurdos, o fútiles. Carentes de moral y de virtudes, aquellos seis echaron a un lado rápidamente el disfraz social, educacional, para mostrarse tal como eran en realidad, viles y repulsivos. Pero nunca llegaba la sangre al río, si no fueron capaces de suicidarse tampoco tuvieron el coraje bastante para matarse en una pelea, evitándose así lo que les esperaba. Al contrario, su relación adquirió un cariz curiosamente mezclado de odio y afecto, ambos terriblemente retorcidos, infantiloides. Tan pronto se insultaban ferozmente, o llegaban a las manos, como se acariciaban y hacíanse el amor. Al principio para eso, hacerse el amor, aún procuraban ocultarse a los demás. Un día, Judith y Gastón lo hicieron delante de los otros. Apenas si cosecharon una serie de insultos desgastados a fuerza de repetirlos y que a ellos les hicieron el efecto de un afrodisíaco. Donna y Halloran se marcharon también, pero más tarde, Arlena y el abogado, estos para imitarles, sin duda excitados.

Dos días después fueron ellos, precisamente quienes lo hicieron. Solo se fueron Halloran y Donna que trataban desesperadamente de mantener un resto de su tambaleante dignidad humana. Cuando más tarde Donna se lo contó a Fraser este notó su salvaje tensión.

—Se están comportando como animales. Si Ruskin y Bob pudieran verles se sentirían sin duda muy satisfechos...

Fraser comprobó que, en efecto, así se sentían, más el primero. Con una

amarga sombría satisfacción.

—No esperaba otra cosa. Tú sigue actuando como te ordené. Tengo que verles a todos juntos hacer eso debajo de la gruta, como cerdos. No me moriré sin ese placer...

Fraser estaba seguro de que, en efecto, así ocurriría.

Pero ocurrió otra cosa. Donna descubrió su tejemaneje. Llevaban ya veintiséis días en la isla. Era media mañana, él se había alejado hacia donde tenía sus provisiones esperándole, dio el consabido informe y las recibió. Con la bolsa de plástico llena se alejó hacia el punto en que las ocultaba y comía, acomodóse allí y procedió a satisfacer su apetito. No había tomado demasiadas precauciones, convencido de que no le seguían.

Cuando oyó el ruido ya era tarde, Donna estaba mirándole de un modo salvaje.

—Eres un gran hijo de perra —dijo acercándose—. Así que actuando de espía a cambio de comida civilizada...

Fraser trató de mantener el tipo, pero ella era demasiado enemiga para él. Cuando la golpeó, le contestó como una gata enfurecida que conocía el “judo” y después de un buen rato de brega terminaron en tablas.

—Me darás la mitad y callaré. Si no lo haces se lo diré a los otros y se te acabó el momio.

—Me iré con ellos a la gruta...

—Si pudieras hacerlo no estarías aquí. Ellos no contaron contigo, recuerda que te dejaron encerrado en tu camarote la noche del naufragio. Algo sabe Bob, algo debiste hacerle mientras navegabas a sus órdenes en ese destructor...

Fraser se había devanado los sesos muy a menudo en los últimos tiempos preguntándose lo mismo y no hallando tales razones. Pero sabía que Donna estaba en lo cierto, no iban a aceptarlo en la cueva. Y si los demás se enteraban de que recibía alimentos civilizados a cambio de su espionaje...

Cedió. Comieron, Donna como una loba, luego ella se le entregó. Habían cerrado un pacto de complicidad que Fraser no podía romper.

Durante las dos semanas siguientes continuó aceleradamente el proceso de degradación de los condenados a vivir como salvajes, o náufragos, en la isla. Judith se llegó al pie de la cueva y se desnudó totalmente, incitando a los dos de allí arriba de un modo brutal. No logró nada y tuvo una crisis nerviosa violenta, pero la cosa no pasó a mayores. Eran ellas quienes iban a recoger el agua, en compañía de Gastón y del abogado, porque Halloran aún se resistía. Pero un día, cumpliendo órdenes, Fraser le ordenó ir. Naturalmente, Halloran se negó. Entonces Fraser le dio un puñetazo. Halloran sufrió un salvaje acceso de rabia, le atacó y pelearon delante de la casa, mientras las mujeres los azuzaban, pero todas apoyando evidentemente a Fraser. Quizás por eso Gastón le golpeó con un madero en

la nuca traicioneramente, poniéndolo fuera de combate.

Tampoco pasó de aquello la cosa. Solo que, en adelante, Halloran cogió a la vez odio y miedo a Fraser. En el antaño prepotente millonario estaba cumpliéndose una paulatina transformación. Aparte Fraser era el más vigoroso, más hábil y mejor adaptado de todos ellos. Comenzó a volverse esquivo, astuto, reconcentrado. Y a sus ojos azules aparecía a menudo una luz de intensa maldad mezclada con algo muy semejante a la vesanía...

Donna se lo avisó a Fraser en una de sus reuniones clandestinas para comerse las provisiones civilizadas y hacer el amor.

—Ten cuidado, se está volviendo loco.

Fraser se asustó y decidió advertir a Ruskin y a Melford a la primera oportunidad.

No tuvo tiempo.

11

capítulo

ELLOS estaban allí. Pero no había comida. Y Fraser supo en seguida por qué.

—Te advertimos que no nos traicionaras. Pero lo has hecho. Estás compartiendo lo que te damos con Donna Martin.

Fraser vio el peligro en los ojos de aquellos hombres, sobre todo en los de Melford. Reaccionó veloz.

—¡Escúchenme, no les he traicionado, ella me descubrió, me amenazó con contárselo a los demás...!

Le escucharon. Ya era algo, pero muy poco. Entonces Fraser dio voz a lo que llevaba semanas volteándole en el cerebro.

—¡Me están tratando como a ellos, o poco menos! ¡Como si tuvieran alguna cuenta pendiente conmigo! Pero yo nunca antes, en mi vida, estoy seguro, tuve nada que ver con usted, señor Ruskin. Y el capitán Melford sabe...

—Yo sé que siempre fuiste un despreciable soplón.

Fraser se quedó como alelado ante la dura acusación. Luego se enfureció.

—¿Qué soy un...? ¡Eso hágamelo bueno capitán!

—De acuerdo. ¿Por qué crees que te busqué y te contraté? Sabía que solo eres un cerdo traicionero, un pequeño espía, un individuo despreciable y ruin...

—¡Usted está loco! ¿Cuándo le he traicionado yo, o a alguien...?

—Te refrescaré la memoria: Corea, Octubre del cincuenta y dos. Teniente John Bruce.

De repente, mientras la voz dura, gélida, cortante, de Melford golpeaba su cerebro, en él se hizo la luz y Dalton Fraser sintió como si le bombardearan hielo en las venas. ¡De modo que era aquello, su antiguo capitán creía...!

Casi diez años atrás, al poco de ser licenciado, supo de lo ocurrido a bordo del “Hunter”. El segundo oficial, teniente Bruce, había sido sometido a Consejo de Guerra bajo acusación de abandonar el servicio ante el enemigo, embriaguez y otros delitos accesorios que, conjuntamente,

podían llevarlo incluso ante un pelotón de fusilamiento. No ocurrió aquello, pero fue degradado y expulsado de la Marina. No había vuelto a saber de él, a decir verdad. Era un asunto muy desagradable, tenía sus propios problemas.

—Se suicidó meses después, pegándose un tiro. Hasta el final fue un hombre de honor, un hombre magnífico. Aquella noche, en Inchón, hizo cuanto pudo para taparme porque me debía la vida. Y cuando tú, maldito soplón, contaste lo ocurrido, se negó a admitir la verdad. Tuve que ser yo mismo quien la declarara ante el Tribunal...

Robert Melford “Liutenant Commander” en aquel momento, esperando el ascenso a capitán, que le llegó efectivamente una semana después, había sabido, “oficialmente”, por alguien demasiado oficioso, que la esposa de quien estaba locamente enamorado era una mujerzuela, que se acostaba abiertamente con cuantos podían ayudarla en sus ambiciosos planes sin dársele un bledo de él y su reputación. El golpe fue muy duro, se emborrachó como un cerdo, casi se volvió loco. Estaba en Inchón con su barco, tenía que retornar al mar para reunirse con una flotilla encargada de bombardear la costa de Corea del Norte, al amanecer, pero dejó la nave que mandaba y se perdió por los tugurios del puerto, buscando ni él mismo sabía qué, en la ciega intensidad de su dolor. Dos hombres que salieron en su busca lo hallaron inconsciente por la borrachera, lo devolvieron al barco, metiéndolo en su camarote y mientras uno de ellos cuidaba de volverlo a la normalidad el otro se hizo cargo de su puesto. A la hora señalada el “Hunter” se hizo a la mar. Y cuando Melford recuperó la consciencia, cuando le volvió el sentido del deber, nadie había sabido nada.

Pero al llegar ante la costa enemiga la escuadrilla de destructores se vio súbitamente atacada por torpederos y aviones coreanos emboscados. En la virulenta lucha que siguió el “Hunter” fue seriamente tocado, tuvo bastantes bajas en su tripulación, entre los muertos uno de los que fueron a recoger a su capitán, el que le ayudó a recuperarse. Otro destructor aún salió peor parado, casi de milagro ninguno fue hundido. Dado que la incursión había sido planeada con el máximo secreto, inmediatamente se sospechó que hubo una infiltración, o una traición...

Semanas después el teniente Bruce fue formalmente acusado de embriaguez, abandonar el servicio y revelar secretos militares al enemigo. Alguien había informado lo ocurrido a cierto oficial de la “Navy” aquella noche en Inchón.

Y ahora Melford estaba acusando a Dalton Fraser, su asistente a bordo por aquellas fechas, de ser el soplón.

—Destruiste la vida y la carrera de un hombre magnífico tan solo para satisfacer una ruin venganza...

Hubo un largo silencio de los tres hombres. Ruskin lo cortó.

—Es inútil que lo niegues. Tiempo después me lo confirmó el “Chief Warrant” Rodner.

—¡El hijo de perra! Capitán, tal como están aquí las cosas creo que tengo derecho a que me escuche. Ahora comprendo... No, capitán, no fui yo el soplón. ¿No se le ocurrió nunca pensar que yo conocía toda la verdad y que habría dicho eso, la verdad? Pero el soplón mencionó al teniente Bruce, no a usted, en su informe. ¿Sabe por qué? Porque aquella noche no lo vio a usted de cerca, solo supo lo que le había contado Pitt. Y Pitt, capitán, estaba a popa, montando guardia, solo nos vio traer a un oficial borracho. No podía imaginarse que fuese usted, máxime cuando el teniente Bruce tomó su puesto y dirigió la maniobra de salida del puerto, cosa que, lógicamente, solo usted, el capitán, podía hacer. No hablamos ninguno de los que entonces estábamos en el secreto, capitán, se lo juro. Pitt se lo dijo a ese hijo de perra de Rodner. Y como Rodner tenía una cuenta pendiente con el teniente Bruce desde aquel asunto a bordo del “Wake” durante la segunda guerra mundial, cuando lo degradaron por cobardía ante el enemigo, pensó vengarse y envió el “soplo” a los investigadores. También estaba convencido de que era Bruce, no usted...

Melford se había puesto ligeramente rígido.

—Mientes muy rápido...

Pero vacilaba. Fraser insistió, enérgico.

—¡Sabe que no es así! Pitt se enteró más tarde, por la declaración de usted de cómo había metido la pata, se asustó lo suyo. Y entonces Rodner lo amenazó con decir que él había iniciado el asunto, como abriera la boca. Precisamente me lo contó todo Pitt cuando volvimos a vernos después de tanto tiempo. Estaba muy preocupado por si usted había averiguado la verdad. Ahora comprendo... Como yo me acababa de licenciar cuando se armó el bochinche, ese hijo de perra ideó cargarme el muerto...

Y gracias a eso ahora se encontraba, sin comerlo ni beberlo, en aquella isla, abocado a convertirse en Robinsón vitalicio, entre aquella gente, con toda aquella maldita madeja de odios, venganzas, crímenes, canalladas...

Ruskin estaba ceñudo. Gruñó mirándole fijo:

—Creo que está diciendo la verdad, Bob. Me parece que a la postre cometimos un fallo... y no me gusta. Un inocente aquí trastueca todo el cuadro, lo pone patas arriba.

Melford parecía, en cierto sentido, anonadado.

—Sí, te creo —dijo roncamente—. Maldita sea, te creo, Dalt. Y eso me hace mucho daño. ¿Puedes creerme tú a mí?

Ahora, Dalton estaba sintiendo piedad de su antiguo capitán. Asintió, ya sin nervios ni cólera:

—Estas cosas pasan, capitán. ¿Qué le vamos a hacer? No le guardo rencor, me hago cargo de cuáles eran sus sentimientos.

Hubo un largo silencio de los tres hombres. Ruskin lo cortó.

—Bueno, hay que cambiar todos los supuestos. La cuestión es ahora, ¿hasta qué punto podemos confiar en ti, Fraser? Eres un hombre honrado, una “rara avis” y te hemos metido en el potaje hasta los ojos.

—Ustedes dirán. Por mi parte solo puedo decirles que si existe una posibilidad de escapar de aquí, me gustaría retornar a la vida. Y que esa gente de ahí abajo me revuelve el estómago, aunque últimamente me haya estado acostando con todas ellas. También me provocan algo semejante a compasión.

Le estaban mirando con fijeza. Ruskin tomó la palabra.

—Seguirás como hasta ahora, muchacho. Nos vas a hacer ese favor. Como si nada hubiera pasado. A mí ya me queda poca vida, dos, tal vez tres meses. Cuando muera..., bueno, Bob Melford y tú sois marinos veteranos, él ya te dirá lo que debes hacer.

Con ello, Fraser supo que existía, en efecto, una esperanza. Algo demasiado bueno para echarlo a perder sintiendo compasión por aquellos seis podridos ejemplares de la más brillante sociedad que ahora estaban demostrando cumplidamente su valía.

Así que volvió a su tarea, rumiando lo ocurrido. Y olvidó lo de Halloran. Tenía algo mejor en qué pensar.

Al quedar solos, Ruskin y Melford se miraron. El primero suspiró y dijo pausadamente:

—Hay que afrontarlo. O le pegas un tiro o te lo llevas.

—Es duro ver que cometí un error. Fraser siempre me había gustado, era responsable, disciplinado y concienzudo. Cuando le creí el soplón causante de la desgracia de Bruce juré que me las pagaría. Y ahora, el verdadero responsable se pasea tranquilo por San Diego...

—Podrás hacérselo pagar. Ahora tienes una buena razón para volver. Pero Fraser puede ser un problema. Habrá que convertirlo en nuestro cómplice, para que no se le ocurra desmentirte jamás, menos aún delatarte.

—Pensaré en eso.

—Pensaremos los dos, aún queda tiempo. Volvamos a la cueva.

Se alejaron hacia la cueva donde tenían su fortaleza refugio, sumidos en sus pensamientos. No vieron a Halloran, que estaba escondido a cierta distancia, en la espesura, agazapado...

12

capítulo

DÍAS, luego noches. Días calientes, soleados, noches frescas, con luna y estrellas. Una calma mortal del mar, de la pequeña parcela de tierra emergida también.

Días, semanas. Una, dos, tres, cuatro... ¿Cuántos días, y cuántas semanas?

—Once ya...

Once justas, setenta y siete días. Les habrían dado oficialmente por muertos, desaparecidos en el mar. Nada más cierto, pues muertos y enterrados semejaban estar.

Aferrados a la vida como nunca. Se había completado casi por entero la degradación. Ya no vestían atildadamente, ni tan siquiera con un mínimo de pulcritud. Ni ellas ni ellos sabían cuidar la ropa, tampoco sentían ganas de hacerlo. Se pasaban los días en bañador, o con muy escasa ropa encima, a menudo horas y más horas tendidos en una de las camas, ahora cubiertas con sábanas oscurecidas por el uso, sumidos en una amodorrada apatía, a veces disputando como comadres por lo que fuera, pero normalmente muy atareados procurándose comida. Pues había que comer forzosamente.

Habían circunnavegado la isla, comprobando su externa inaccesibilidad. Existían, cierto, dentelladuras en los acantilados, pero eran en su mayoría simples grietas, o bien derrumbaderos peligrosos. De hecho, en las tres millas de perímetro de la isla solo existía una caleta y un punto por donde se podía acceder al interior de la isla, el que abordaron el primer día.

Por suerte abundaban los mariscos, crustáceos y pescados comestibles. Pero una dieta de ellos, cocos, bayas y hojas, tallos hervidos en agua con muy poca —tenían que racionarla— sal, no era precisamente como para divertir a los estragados estómagos de aquella gente, les provocó pronto salpullidos, molestias intestinales...

Por suerte también, al hallarse a flor de agua los arrecifes impedían la entrada en el “lagoon” a los tiburones. Podían nadar y lo hacían a menudo, en las aguas límpidas, tranquilas. También podían, y lo hicieron, moverse a su placer por toda la isla. Casi eran más presos sus jueces-verdugos que ellos mismos porque Ruskin y Melford no salían apenas de su cueva-fortaleza y cuando lo hacían era para quedarse ante ella muy alerta,

armados, tomando el sol.

Poco a poco se había estabilizado la situación. Por ejemplo, las mujeres usaban ahora ir a diario a provocar impudicamente a los dos hombres encastillados, solas, emparejadas o las tres juntas. Nunca con los hombres. Estos habían intentado varias veces sorprender a Ruskin y Melford, pero no lo consiguieron jamás. Y en una ocasión, Ruskin le metió una bala en la parte carnosa del muslo izquierdo a Gastón, lo cual quitó a él y a los demás las ganas de insistir. Ahora ya ni les aullaban insultos con la esperanza de que reaccionaran violentamente y salieran a perseguirles, dando a otros opción a entrar en la cueva.

Fraser mantenía su ambigua posición. De un lado medio se había alzado con el mando, del otro debía mantenerse muy alerta a las constantes asechanzas de Halloran en el que se manifestaban síntomas de algo parecido a locura, pero una locura fría y lúcida, de lo más peligrosa. Philbrook se había vuelto un verdadero cerdo en todo, el francés era una rata, Arlena una serpiente lúbrica, Judith una perra perpetuamente en celo y a la vez medio rabiosa, Donna una pantera... En medio de aquel “zoo”, Dalton Fraser sentíase como con el cuello inerme en todo instante.

Pero comía alimentos civilizados, podía tomar un par de tragos cada día, fumarse un cigarrillo de vez en cuando..., compartiéndolo todo con Donna. Se alejaban a diario como si fueran a hacer el amor, luego debían permanecer alerta a los otros, uno vigilando mientras el otro comía, o fumaba. Como para no despertarle a ella las sospechas a él continuaban dándole idéntica ración, también necesitaban comer los alimentos de los otros. Aun así, el hecho evidente de su desgana, sin por eso desmejorarse, había terminado por alertarlos, provocando su desconfianza. Era preciso dar rodeos, variar de rutas, ocultar los víveres en lugares distintos, planear cuidadosamente cada salida, solo hacer una comida diaria con los alimentos civilizados. Por una lata de conservas, un pedazo de pan de trigo, un cigarrillo, un trago de “whisky”, ahora él y Donna eran capaces de todo, hasta de matar. Y si ellos lo eran, ¿qué no harían los otros?

Habían aceptado a Fraser ya en el grupo, todos excepto Halloran; pero este mal podía oponerse, sus grandes cualidades de mando solo eran buenas en la civilización. Aquí, Fraser, el vulgar marinero, le podía. El grupo lo compartía todo de una manera abierta, indiferente. Vivía en promiscuidad, como debieron hacerlo milenios atrás las hordas de la Edad de Piedra, y las mujeres preferían a los más fuertes, aptos, aquellos que aportaban más comida. Como lentamente se iba terminando todo, hasta las cerillas y la sal, Fraser impuso la obligación de mantener permanentemente encendida una pequeña hoguera, que las mujeres, por turno, debían cuidar no se apagase. El día que Judith la dejó apagar le dio un par de bofetadas. Ella se le revolvió, con insultos feroces, pero Donna y Arlena lo azuzaron, mientras los hombres permanecían indiferentes. Fraser

golpeó a Judith hasta dejarla casi sin sentido, sangrando por boca y narices. Lo hizo con gusto, de un modo sádico, salvaje...

Y a partir de entonces la bella heredera se convirtió en su esclava, en su perra fiel, al menos en cierto sentido. También sintió verdadero placer el día que golpeó a Philbrook para castigarlo por su torpeza al dejar perder algo que en el mundo civilizado nada valía, pero allí mucho, un poco de sal. El famoso y brillante abogado ni siquiera trató de defenderse, se mostró un cobarde integral, gimió, suplicó... También las mujeres, las tres, lo azuzaron con ojos brillantes de placer, gozando a ojos vistas el brutal castigo que le infligía a Philbrook. Sí, estaban retrocediendo muy aprisa...

Fraser estaba seguro de que tanto Ruskin como Melford presenciaban algunas de aquellas escenas de degradación colectiva, al menos las más importantes. Actuaba cumpliendo sus órdenes, pero en más de una ocasión, mientras merodeaba por la isla, vio sus huellas impresas en la tierra del fondo del cráter, cerca del refugio de sus víctimas. Era lógico, ellos hicieron todo para vengarse, buscando degradarles a fondo. ¿Qué mayor placer que comprobar “de visu” el éxito de su plan?

Habíanse dividido el trabajo. Dos se quedaban arriba, cinco descendían al “lagoon” para pescar y mariscar, utilizando la almadía, que al terminar ponían en seco. Aquella tarea solían realizarla por la mañana. Luego había que limpiar y preparar el pescado, operación que Fraser obligó a realizar a las mujeres desde un principio, también a Philbrook. Él solía encargarse de cocinarlo, ayudado por alguna mujer. Cuando Gastón resultó herido, también fue él quien se encargó de curarlo, con ayuda de Donna. Los demás no servían para eso, como para prácticamente nada, salvo Halloran.

Halloran, poco a poco, se apartó, conforme Fraser dominaba el cotarro. Sombrío, huidizo, silencioso, pescaba solo, recolectaba cocos, hierbas, bayas, sin decirle a nadie nunca sus proyectos. A veces se iba con la almadía, solo también. Fraser sospechó que andaba buscando algo, así se lo dijo a Ruskin y a Melford. Le dieron la razón.

—Busca lo que no hay, un medio de salir de aquí. Cree que mentí al decir lo de mi enfermedad y que están encerrados en esta isla para siempre. Déjalo que busque.

Sea como fuera, la gran soberbia de Halloran no le permitía ser un parásito. Cada día aportaba su parte de comida, a veces pescados, o bayas, hojas, mariscos y crustáceos, que los otros no habían encontrado ni comido antes. Todo lo que él aportaba, lo traído por los demás, era comida, no podían permitirse el lujo de desperdiciarlo. Fueron eliminando algún que otro marisco, o crustáceo, por creer que les provocaba erupciones cutáneas, intoxicaciones. Eso fue todo.

Aquel día, septuagésimo séptimo desde el naufragio, Fraser encontró solo a Melford en el lugar donde debía recoger los víveres. Era pleno crepúsculo, un magnífico crepúsculo tropical. Le pareció de mal agüero

que el otro estuviese solo. Así resultó.

—Ven conmigo, Dalt. Voy a necesitarte.

—¿Qué pasa?

—Ahora lo sabrás.

Inmediatamente se excitó Fraser. Pero se abstuvo de hacer más preguntas y precedió a Melford hasta la cueva fortaleza. Ante la puerta aguardaba Ruskin.

—Bueno, Fraser, te ha llegado la hora de cobrar tu premio. Pasa.

Había una profunda nota amarga en la voz de Ruskin. Fraser, ya en vilo, traspasó aquella puerta.

Y se encontró de nuevo en la civilización.

La cueva era bastante espaciosa, allí dentro reinaba un grato frescor. El arroyuelo, único de la isla, la partía en dos mitades iguales, viniendo de las profundidades. A un lado, Fraser vio dos sillas de lona y madera, plegables, muy confortables, una mesa bastante grande, con un montón de cosas encima, un par de camas verdaderas, alzadas dos palmos sobre el suelo, una estantería metálica liviana repleta de libros..., todo lo necesario para que dos hombres sin necesidad de lujos inútiles vivieran confortablemente. Incluso un televisor y un tocadiscos, los mismos cuya música, al salir por la ventana abierta en el muro, atraía a sus compañeros de fatigas manteniéndoles ansiosamente atentos, sufriendo una diabólica tortura que terminaba rompiéndoles los nervios, pero a la que volvían una y otra vez, sobre todo las mujeres, para ponerse a aullar como perras cuando ya no podían más.

Al otro lado, cuidadosamente colocadas, había provisiones. Cajas, botellas, barricas, latas, cubriendo tarimas de plástico alzadas sobre el piso. Alimentos cuidadosamente preparados para que no se corrompieran al permanecer largo tiempo en lugar húmedo, comida exquisita, civilizada, licores caros... el paraíso.

Un pequeño grupo electrógeno producía suficiente electricidad para los usos y necesidades de aquellos dos hombres. Ahora, las brillantes bombillas eléctricas devolvieron, casi más que otra cosa, a Fraser la gratísima condición de ser civilizado. El paraíso...

—Sí, amigo, aquí hay de todo. Y te has merecido compartirlo. Pero antes resta una pequeña ceremo...

Se cortó la voz de Ruskin y de golpe cambió su expresión a una de rabioso dolor, mientras se contraía fuertemente. Al mirar a Melford, Fraser comprendió.

Al cabo de un rato, Ruskin habló de nuevo. Estaba sudoroso y pálido.

—Ya lo has visto. Es el infierno, Fraser, te lo digo. Se presentó esta mañana, de repente, como un lobo rabioso. Me lo dijeron los médicos, lo hace dos semanas, tres a lo sumo, antes del fin y es el infierno... No voy a pasarme dos semanas, ni siquiera dos días más, sufriendo así. De modo que

para mí terminó la fiesta. Hice, logré, lo que quería, he estado viendo cómo esos de ahí fuera retrogradaban a la bestialidad, convirtiéndose de hecho en lo que siempre han sido, basura corrompida... Ha llegado la hora de que pase a ver qué hay al otro lado de la cortina. No soy cobarde, pero odio el dolor físico, máximo cuando no existe salvación, así que se acabó. Mira...

Había tomado algo de un platillo negro sobre la mesa. Parecía una perla. Pero no lo era.

—Cianuro. Tú sabes, una muerte rápida e indolora. Ahora morderé esta cápsula y para mí todo habrá terminado, tú serás testigo. Luego te quedarás aquí, con Bob Melford. Eres un hombre honrado, has sido sensato, sigue siéndolo, no hagas preguntas, pórtate bien con él. Si lo haces, saldrás de aquí...

Volvió a acosarle el dolor. Debía ser, en efecto, rabioso, a juzgar por cómo lo retorció y le hacía sudar. Estaba lívido, ojeroso, jadeante, cuando se metió la píldora entre los dientes.

—Adiós, amigos. Fue una buena venganza, continuadla...

Apretó. Y cayó fulminado.

En medio del silencio impresionante, siniestro, Fraser sintió a la vez hielo en la nuca y una salvaje exultancia.

Ahora iba a volver a vivir como un ser civilizado, luego abandonaría la isla con Melford. Solo tenía que ser sensato, y leal...

Melford le clavó su sombría mirada.

—Era un hombre de una pieza, Bob. Pasa al otro lado y trae la pala que ves ahí.

Había una pequeña pasarela en mitad de la cueva. Y una pala. Cuando Fraser volvió con ella, Melford le cargó el cadáver de Ruskin a la espalda, luego tomó la pala.

—Sígueme.

No era fácil, con un muerto que pesaba sus buenos ochenta y cinco kilos auestas...

Había una abertura al fondo de la cueva, lo bastante amplia para dejarles paso. Melford usaba una linterna eléctrica. Pronto Fraser comenzó a sudar. Caminaron unos pasos en línea recta, metidos en el agua del arroyuelo subterráneo, luego salieron a otra cueva. Allí brotaba el agua del suelo, formando una poza de unos dos metros de diámetro, casi redonda, a cuyo alrededor había rebordes de cierta anchura. Melford se desvió a la izquierda volviendo a penetrar por otra abertura, como la anterior lisa, brillante, negra con vetas sulfurosas. Una antigua boca de emisión volcánica...

Luego comenzaron a descender. Fraser se las vio negras con el cadáver, pero Melford le prestó ayuda en los pasajes más difíciles. Terminaron en una caverna de gran amplitud, cuyas paredes resplandecían de modo

fantasmal, como impregnadas de fósforo de un tono azufrado fuerte. Fraser vio que había más fisuras, al menos dos, y pensó si aún tendría que seguir portando el cadáver. Estaba cansado, sudoroso...

—Cava ahí.

Desde luego, uno tenía que ganarse la comida. Él era el marinero, Melford el capitán. Fraser tomó la pala y comenzó a cavar.

Era una tierra extraña, fosforescente, una masa blanda de antiguos detritus volcánicos, sin duda. Fraser tardó cosa de una hora en abrir una fosa lo bastante profunda para Ruskin, luego salió. Sudaba a chorros, a pesar del frío y húmedo ambiente. Estaba sucio de pies a cabeza de aquella tierra pastosa, fosforescente.

Metieron a Ruskin en la fosa y Melford le relevó con la pala, cubriéndolo con movimientos lentos, pero vigorosos. Luego se paró ante la tumba. Fraser notó, sorprendido, que fosforescía él también. Parecía un espectro.

—No creo que necesites oraciones, Howard Ruskin. Descansa en paz.

Fue todo. Cuando retornaban a lo alto, Fraser habló de la fosforescencia. Melford se lo aclaró secamente.

—Estamos dentro de un volcán apagado. Esa caverna parece contener una elevada dosis de fósforo, acaso radiactivo.

—Pero eso puede ser peligroso...

—No lo creo. Ahora cuando lleguemos arriba, nos daremos un baño y nos limpiaremos.

Así lo hicieron, en total silencio. Desnudos penetraron en la comfortable cueva exterior. Melford fue a coger una botella y dos vasos, echó licor y le indicó el suyo. Luego sus ojos azules miráronle fijo.

—De ahora en adelante vas a quedarte aquí, conmigo, Dalt. No volverás a tratar con esos de ahí fuera, ni aun con las mujeres. Podría haberte dejado con ellos, pero estoy en deuda contigo. Si te comportas como es debido, no lo vas a perder. Pero en adelante eres mi cómplice, aquí y fuera de aquí deberás obedecerme y mantener la boca cerrada, por tu propio bien, ¿comprendido? Por tu propio bien.

13

capítulo

HACE ahora diez meses que encallé al “Single Star”, en los arrecifes. Ayer se cumplieron seis desde la muerte de Howard Ruskin. Dalt Fraser se ha comportado bien, como el hombre que era a bordo del “Hunter”; Claro es que espera salir de aquí y sabe que solo siéndome fiel lo conseguirá. También calcula recibir un buen pago, por su silencio...”.

“Es lo menos que puedo hacer, recompensarlo. Le debo esa reparación, pero, además, su compañía me ha hecho más llevadera la permanencia aquí. Con él no puedo convivir como con Ruskin, en compensación tenemos nuestros comunes recuerdos de la Marina. Es un amargo placer revivirlos. Cuando nos vayamos le daré dinero suficiente para que no necesite trabajar en su vida. Es prudente, callará todo lo aquí ocurrido”.

“Desde luego, no le he dicho ni una palabra de la lancha motora que Ruskin y yo estuvimos armando y ensamblando abajo. Podría volverse loco y traicionarme, máxime viendo que es tan pequeña. Tampoco le he mencionado la existencia del islote estéril a noventa y seis millas náuticas al noroeste, ni del bote y las provisiones allí situadas por nosotros en nuestro último viaje de preparación antes de traer a esa gente. Es mejor que lo ignore hasta el último instante”.

“De todos modos, no voy a quedarme mucho más. Aún tenemos provisiones aquí suficientes para otros dos meses, pero no merece la pena. Estoy saciado de venganza...”.

“Esa gente de ahí fuera ha retrocedido al salvajismo. Fraser y yo los vemos a diario, cuando vienen en busca de agua. Van desnudos, o casi, se comportan como animales. Toda su ruindad moral, todas sus lacras, todos sus vicios están a flote, mientras que se hundieron las trabas morales y sociales, todo cuanto les proporcionaba su brillante barniz. Me repugnan y asquean, pero también me fascinan, debo admitirlo...”.

“A menudo vamos a acecharlos, sin que lo adviertan. Viven en absoluta promiscuidad. A la fuerza han tenido que aprender lo necesario para poder vivir, pero no son capaces de suicidarse, viven asquerosamente pegados a la vida, seguros, irracionalmente, de que un día llegarán a salvarles. Por eso siempre hay uno oteando el horizonte...”.

“Ya no suplican. Se han convencido de la inutilidad de ello, como

...también de la de atacarnos, o sorprendernos. Cuando Fraser se quedó, y les dije que Ruskin había muerto, lo intentaron de todos modos, hasta los más viles y abyectos. Donna también. Fue un gran placer verla arrastrarse, suplicar...”.

“Ya no lo hace. Ni los otros. Parecen convencidos de que su única esperanza consiste en que llegue alguien, por mar o cielo. Además, sus propias relaciones se han deteriorado por completo. Se unen solo para buscar comida y para comérsela, se aparean de vez en cuando, ya menos que antes, al principio; pero el resto del tiempo se rehúyen, vagan solos por la isla. Se acechan, se roban la comida, se atacan, riñen, pero no se matan. Se comportan como animales...”.

“Ha dejado de causarme placer verlos. Últimamente, ya ni salgo a acecharles. ¿Para qué? Los únicos que importan, me importaban, eran Donna y, un poco, Halloran. Ahora hasta verlos convertidos en lo que esperaba convertirles comienza a fatigarme...”.

Melford dejó el cuaderno que leía, cuyas hoyas estaban cubiertas con su propia escritura, y miró hacia uno de los lechos, donde rebullía, inquieto, Fraser. Su mirada era intensa, preocupada.

Tomó el bolígrafo y comenzó a escribir:

“Fraser ha enfermado. Lleva desde esta mañana bastante mal, con fiebre alta que no le ha remitido con los antibióticos. No sé qué pueda ser y no me gusta. Ahora delira...”.

Se levantó se acercó al enfermo, inclinándose sobre él.

En efecto, Fraser parecía presa de la fiebre, deliraba, entremezclando incoherentes frases referentes a lo que ocurría en la isla con otras de su pasado. Ceñudo, Melford le tomó el pulso, luego le preparó una cápsula de antibiótico, se la hizo tomar...

La fiebre remitió, por sí sola, al amanecer. Dalton Fraser pensó que emergía de una confusa pesadilla. Todo estaba oscuro, pero ya era de día, entraba un brillante dardo de luz amarilla por los redondos agujeros de la ventana, hechos para ventilar y otear. Vio que Melford dormía profundamente.

Trató de incorporarse y se sintió muy débil, mareado. Solo al tercer intento lo consiguió, pero no pudo trepar la escalera de mano que iba a la ventana, para abrirla, y eso que solo eran seis peldaños. Le daba vueltas la cabeza, los huesos semejaban habérsele vuelto de papel. Tenía mucho calor, un calor reseco.

Tambaleándose, fue a llenarse un vaso de Borgoña y lo bebió ansiosamente. Pero no obtuvo sino un alivio momentáneo. Volvió a la cama y se sentó, acezando. Sentíase muy mal, pero no sentía ningún dolor físico. Solo eso, estar muy mal.

Llamó a Melford. Este despertó y se incorporó sobre un codo.

—¿Qué pasa? ¿Cómo estás?

—Mal. No sé qué tengo. No es dolor, es otra cosa... Quise abrir la ventana y no pude subir la escalera, es como si no tuviera cuerpo...

Melford se levantó, inquieto, y fue a abrir la ventana. Al hacerlo, maquinalmente, miró al exterior. Podían estar los otros al acecho, aguardando un descuido.

Solo había silencio y la extraña, inquietante belleza de la isla. Un sol brillante en un cielo sin nubes...

—¡Capitán, mire esto!

No una llamada, un grito de angustia y terror. Melford se volvió, veloz, sobresaltado.

Fraser estaba sentado en su revuelta cama, mirándose las manos, los brazos, las piernas, con una alucinada expresión.

Desde aquella distancia, apenas ocho metros, y alumbrada la cueva por la luz del día que entraba por la ventana, Melford podía verle muy bien, ahora.

Estaba como hinchado y su piel tenía una extraña tonalidad verde.

Bajó a toda prisa, acercándosele. Fraser estaba temblando a ojos vistas, pero no era de fiebre. Tenía dilatadas las pupilas y gimió:

—¿Qué es esto, capitán? ¿Qué me pasa?

Melford no tenía respuesta que darle. Miraba y sentía un vago horror, pero no tenía respuesta que darle.

La piel de Fraser se había vuelto verde, de un verde lívido, entre azufre y pus, con placas más oscuras acá y allá, donde a todas luces comenzaba a agrietarse por los bordes de las mismas. Estaba hinchado, no mucho, pero de manera evidente. Eso era todo.

Fue el comienzo del horror.

Fraser no pudo ya levantarse de la cama. No le volvió la fiebre, no sentía ningún dolor, pero se había quedado por completo sin fuerzas. Cuando aquellas placas verdes se oscurecieron y ennegrecieron rápidamente, en brazos y piernas al principio, luego corriéndose hacia el tronco de manera implacable, la horrenda verdad penetró en su cerebro como un lancetazo.

—¡Esto es lepra, capitán! ¡Es lepra!

Una lepra especialmente maligna, algo que espeluznaba. Melford lo estaba viendo y no acababa de creérselo. Ni el mismísimo demonio pudo idear algo así...

La carne del desdichado Fraser estaba cayéndosele a pedazos, podrida, supurando una especie de pus verdoso, infecto, espeso, allí donde primero se manifestaron las manchas más oscuras. La piel se abría, se rajaba, y la carne pútrida se caía, dejando al descubierto ligamentos, tendones, también corroídos, los huesos...

Los huesos color de pus, que al quedar al descubierto y ya sin nada que los sostuviera se caían por sí mismos. Cuando Melford, utilizando unos

alicates a modo de pinzas, trató de recoger aquella carroña nauseabunda, se le deshizo de tal modo que no pudo sacarlos. Tuvo que barrerlo todo y echarlo fuera, lejos, lo más lejos posible.

Fraser enloqueció. Viéndose súbitamente inmovilizado sin ningún dolor, contemplando su propia desintegración física, caérsele las extremidades a pedazos y deshacerse los huesos, gimió, aulló, luego rompió a reír de un modo espeluznante, acto seguido mezcló aquella risa con gemidos y con imprecaciones, con súplicas incoherentes al diablo y a Dios...

Cuando Melford vio cómo se le caían los brazos y los muñones amarillentos de los fémures aparecían por entre la carne putrefacta, mientras las siniestras placas verdes avanzaban sobre el torso sudoroso y convulso de aquel hombre que estaba deshaciéndose en vida, no lo resistió más. Huyó por la caverna del fondo, con el cabello erizado, sudando frío. Había aguantado veinticuatro horas aquel horripilante espectáculo, más no, más no...

Había en lo más hondo de aquel laberinto de cuevas y galerías abiertas por la lava una que hallábase a nivel del "lagoon". Los naufragos, ni siquiera Halloran, no habían intentado nadar hacia el interior de aquellas simas costeras por temor a tropezarse en ellas con seres peligrosos y convencidos de que para nada iba a servirles tal exploración. Melford y Ruskin habían contado con ello. Allí, en aquella caverna, aguardaba un ligero y resistente bote equipado con motor fuera borda, con capacidad para llevarse a dos hombres y una pequeña cantidad de provisiones, amén unos bidones de gasolina. Todo estaba allí, a punto. Todo menos la comida.

Como enloquecido, Melford echó el bote al agua, luego comenzó a cargarlo con todo lo necesario. En la marea alta quedaba oculta la boca de entrada, pero en la baja era posible salir de allí con cierta facilidad. Ahora estaba alta la marea, tendría que esperar todavía unas horas...

Se fue encalmando lentamente, mientras trabajaba, y al fin logró dominarse lo bastante. Entonces se sentó, en la difusa claridad glauca de la cueva, sacó tabaco y encendió un cigarrillo.

Al hacerlo, sus ojos se quedaron fijos, muy fijos, mirándose las manos, súbitamente rígidas.

En la piel del dorso había una especie de porillos fosforescentes. Porillos fosforescentes...

Se le erizó el vello de todo el cuerpo lentamente y el cerebro se le llenó de hielo. Porque estaba sintiendo una suave comezón en todo el cuerpo, como provocada por un polen de primavera, también.

Ocho a diez días antes, Fraser se había quejado, sin darle importancia, de aquella suave picazón. Duró todo el día, pero al siguiente le desapareció. No le había prestado más interés.

Pero ahora Fraser estaba desintegrándose allí arriba, roído en vida por una lepra verde que parecía haberlo carcomido por dentro antes de salirle a la piel y cuyo último ataque había sido de una celeridad brutal, atroz.

Una comezón suave, apenas molesta. Puntitos fosforescentes en la piel, visibles para sus ojos dilatados de espanto porque acababa de dejar arriba un horror inenarrable y porque estaba en una semioscuridad...

Robert Melford supo entonces que estaba condenado. Y fue una tremenda revelación.

14

capítulo

TODOS ellos habían llegado literalmente al fondo del pozo. Ella también, no iba a autocegararse con eufemismos idiotas. Estaban listos, jamás saldrían de aquella maldita isla perdida en mitad del Pacífico, Ruskin no mintió. El hijo de perra supo elegir bien su venganza, ahora estaría muy satisfecho en los infiernos...

Donna Martin no creía en el infierno y, lógicamente, tampoco en el paraíso. Creía en la Tierra, y en todo cuanto en ella podía conseguirse.

Su madre le inculcó aquella filosofía desde la niñez. Una mujer dura, materialista y amargada, ambiciosa, de escasos escrúpulos, pero que no supo, o no pudo conseguir para sí todo lo que anhelaba. Por eso educó a su bonita y despierta hija de manera adecuada. Ella, Donna, había resultado muy buena discípula...

Desde los quince años batalló sin piedad, escrúpulos ni remordimientos, para conseguir sus ambiciones, echando a un lado todos los obstáculos y utilizando todos los trucos. Su moral era: "Triunfa y olvídate de los demás, el que está arriba y es fuerte de veras es también intocable." Ella tenía que llegar arriba, convertirse en intocable.

Lo había logrado. Le costó veinte años, muchas humillaciones, muchos esfuerzos, traiciones, crímenes incluso; pero llegó a la cima. Temida, odiada, adulada, dueña de sus propios destinos porque lo era de la felicidad, la paz, la libertad, incluso la vida o la muerte, de muchos, al cumplir los treinta y cinco años estaba en la cima. Lista para gozar plácidamente de todas las mieles triunfales, sin trabas ni escrúpulos de ninguna clase.

Y justo en aquel momento había surgido del fondo de su pasado aquel marido suyo, aquel imbécil romántico, físicamente agradable para una corta temporada insoportable para más largo plazo, con quien se casó únicamente para poder superar una crisis mala y entrar, con plena libertad, en un ambiente social más elevado que en el que se movía cuando Bob Melford la conoció.

Casi se había olvidado de él. Desde luego, no le remordía la conciencia por lo que le hizo, cosas peores tenía en su haber. Pero Bob no la había olvidado, cambió mucho, supo buscarse un socio de valía para su

“vendetta”, entre ambos le tendieron hábil trampa... Y ahora...

Ahora estaba aquí, presa en una pequeña isla perdida con el Pacífico, dada por muerta, en compañía de un puñado de cerdos desquiciados, constreñida a vivir como una salvaje, a comer cosas repugnantes que debía buscar por sí misma... Abrió una esperanza cuando descubrió que Dalton Fraser estaba conchavado con su exmarido y con Ruskin, pensó manejarlo, utilizarlo, porque estaba segura de que los otros tenían un medio de marcharse.

Ahora Ruskin estaba muerto, Fraser con Bob en la cueva fortaleza, sus esperanzas aniquiladas, Ruskin no les mintió, luego lo demás era cierto. No volverían a salir de allí. Todo lo que hizo, todo lo que logró, perdido...

No se volvió loca porque no era de esas. Pero le faltó poco. Y ahora diez meses ya desde que abordaron a la maldita isla, hacía lo que sus otros compañeros de suplicio, aislarse, vagar erráticamente de un lado para otro, buscar con desespero en el horizonte, en el cielo, una esperanza...

Pero el mar y el cielo seguían implacablemente vacíos. No había esperanza...

Apenas iba vestida con un “dos piezas” desteñido. Calzaba unas destrozadas sandalias que no sabía reparar, su cabello estaba enmarañado, su piel oscurecida, curtida. Había estado recolectando unos yerbajos para cocerlos con pescado y mariscos en agua del “lagoon”. Ahora cuidaban el fuego con todo esmero, ya apenas les quedaban un par de docenas de cerillas y las cargas de los mecheros de gas estaban agotadas. Tampoco tenían sal, ni ningún otro condimento. Comidas repugnantes, las suyas. Pero era necesario sobrevivir, nadie, ni siquiera Judith, que estaba ya loca de remate, o Halloran, cuya locura lúcida era peligrosa para los demás, pensaban en darse muerte. Se necesitaban, simplemente, para poder sobrevivir...

Descendía despacio la ladera interior del este, con lo recolectado, cuando él emergió de improviso ante sus ojos por detrás de una de las extrañas rocas de lava. Bob...

Donna apenas pudo dominar una sobresaltada exclamación. Luego le miró con mezcla de curiosidad, sorpresa y recelo, no miedo.

Tenía el pelo blanco. Totalmente blanco. Apenas dos semanas antes era negro. ¿Qué le había pasado? Tampoco su cara y expresión eran las mismas. Rápidamente la invadió una honda inquietud.

Él la miraba con intensa fijeza. Cuando le habló, su voz golpeó brutalmente el cerebro, el instinto, de la mujer.

—Sorprendida, ¿verdad?

—Tú dirás... —Donna estaba pensando muy aprisa—. ¿Qué quieres? ¿Has venido a matarme o simplemente a comprobar cómo anda tu venganza?

—He venido a pedirte que me acompañes.

—¿A dónde?

—A la cueva. A vivir allí dentro conmigo. A comer comida civilizada, beber buenos licores, ver la televisión, leer libros, oír buena música..

Donna vaciló. La inesperada tentación era excesiva incluso para su mente desconfiada y analítica.

—¿Qué trampa me tiendes, Bob? Tú me odias...

—Te odiaba. Ya no.

—¿Por qué? ¿Esperas que me lo crea? ¿Dónde está Fraser?

—Muerto.

—Oh.

—Murió hace unos días, colapso cardíaco. Tuve que enterrarle en lo hondo de las cavernas, junto a Ruskin. Bebía demasiado... El caso es que me he quedado solo. Y no me gusta la soledad, tú lo sabes. He aguantado ocho días, luego hice mis cuentas.

Donna no se fiaba. Aquellos cabellos blancos casi de golpe, aquella mirada, aquella expresión...

—No acabo de entenderlo, Bob. Hace dos semanas tenías los cabellos oscuros, ahora los tienes blancos. Y pareces diez años más viejo. ¿Qué ha ocurrido? Dime la verdad.

—Tú ganas. Fraser se volvió loco. Le fallaron los nervios, no sé... El caso es que enloqueció. Me cerró el paso al exterior y trató de matarme, tuve el tiempo justo para escapar caverna adentro. Tú no conoces eso, hay un verdadero laberinto de galerías y cuevas, caminos de lava... No los habíamos explorado, no lo consideramos necesario. Tuve que meterme por ellos perseguido por Fraser, ambos nos perdimos en la oscuridad. Solo disponía de mi encendedor de gas, él no me dio tiempo a nada, estaba desarmado... Ignoro el tiempo que pasamos en las entrañas de la tierra, pero han debido ser varios días. Traté inútilmente de volver arriba, luego se me agotó el gas y me quedé a oscuras. Dos veces tropecé con Fraser, pero en ambas ocasiones pude esquivar sus disparos. Además, no tenía comida, ni agua. Hace tres días volví a tropezármelo. Estaba muerto, quizás de hambre, o despeñado, lo ignoro. Estaba muerto, eso es todo. Luego pude encontrar la cueva y tomar un poco de alimento. He necesitado tres días para recuperarme lo suficiente. Dime si no bastó para que el pelo se me volviera blanco.

Podía ser. Pero Donna aún desconfiaba. Estaba segura de que Fraser había muerto, desde luego. El cómo, solo su exmarido lo sabía. De todos modos, él la buscaba. La alternativa era continuar como estaba.

—Así que ahora me necesitas, después de todo...

—No resisto la soledad, menos ahora, después de lo ocurrido. Y tengo que resistir hasta que vengan a recogerme.

—¿Quién, cuando?

—Si me acompañas, lo sabrás. Lo he pensado mucho, Donna. No te fías

de mí, tampoco yo de ti, nos conocemos demasiado. Pero las cosas han llegado a un punto en el que deberemos olvidar lo pasado si queremos salir de aquí. Tú quieres, ¿verdad? También deseas comer alimentos civilizados y todo eso...

Donna asintió. Lo estaba deseando de una manera ciega y salvaje. Además, ahora sabía que no le fallaron sus sospechas, su exmarido tenía preparada una vía de fuga, de retorno a la civilización...

—Te acompañaré, me quedaré contigo. Pero estaré alerta, Bob, te lo advierto. Y a la menor sospecha...

Él se encogió de hombros, con infinito cansancio.

—Haz lo que quieras, pero ven.

No hablaron más. Se emparejaron y caminaron aprisa hacia la cueva. Al poco, ella avisó:

—Los demás andan siempre merodeando por ahí, si nos ven juntos recelarán nuestras intenciones...

—Deja que lo hagan. Si asoma alguno, o tratan de impedirlo, le meteré una bala en una pierna.

Llevaba rifle y pistola, desde luego no hablaba por hablar. Donna devanábase ahora los sesos buscando la razón para su cambio. Pero, ante todo, ahora, deseaba verse dentro de aquella cueva repleta de riquezas materiales, de comida civilizada. No odiaba, ni despreciaba, más a su exmarido que a los hasta entonces sus compañeros de ordalía, si gracias a él podía volver a la civilización nada le importaba dejar a los otros allí, para siempre. Al diablo con ellos.

Lograron alcanzar el pie de la cascadita sin novedad. Pero cuando ya comenzaban a trepar, él delante, sonó una rabiosa voz a su espalda. Al volverse vieron aparecer a Halloran.

Les había descubierto y comprendió qué ocurría, ahora venía a la carrera hacia ellos y empuñaba algo que Donna no le había visto antes; un verdadero arco, con flechas. Así que en eso estuvo ocupándose, construirse un arma efectiva, durante los últimos tiempos...

Melford no le dejó llegar. Antes de que pudiera dispararle la flecha, le metió una bala en la pierna derecha, por debajo de la rodilla. Halloran aulló y cayó.

—¡Vamos, sube aprisa!

Donna no necesitó que le insistiera. Ya se había habituado a caminar por la isla, ahora trepó veloz. Abajo, Halloran les aullaba insultos. De repente, oyó silbar algo muy cerca y sintió un golpe doloroso en el hombro izquierdo. Al mirar instintivamente vio el largo corte en lo alto del hombro y la sangre saliéndole aprisa. La flecha le había pasado muy cerca. Solo un rasguño...

Poco después entraba en la cueva y se detenía, jadeante, mirando todos sus tesoros con avidez mientras a su espalda Melford cerraba, pasando el

pestillo de acero.

—¿Estás herida?

—Solo es un arañazo. Qué maravilla...

Lo dijo roncamente, luego corrió a coger la botella que estaba sobre la mesa y bebió ávidamente. Aquel coñac francés que entraba en su cuerpo, tras tantos, meses de abstinencia, le produjo un efecto instantáneo. No vio la mirada, y la expresión, de su exmarido...

Luego él le quitó, con firmeza, la botella.

—Te sobraré tiempo para beber. Siéntate, veamos esa herida.

La hizo sentarse y examinó la herida. Podían oír, apagadas, las llamadas rabiosas de Halloran allí fuera. Aquí estaban seguros, cómodos...

Melford examinó la herida. Luego se inclinó sobre ella y comenzó a lamer, chupar, la sangre que brotaba. Rígida, desconcertada, Donna inquirió:

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto ahora vampiro?

—Halloran podría haber encontrado algo tóxico para impregnar la punta de su flecha —le contestó él con calma, con demasiada calma. Pero aquella posibilidad asustó a Donna demasiado para que se parara a pensar en otra cosa.

—¿Tú crees?

—Por si acaso, actúo como debo. Además, así comprobaré si tu sangre es como la de cualquiera, o puro veneno...

Ella se escalofrió ante aquel sarcasmo. Sin embargo, le dejó hacer. Incluso sintió una emoción muy voluptuosa mientras sentía los labios y la lengua de su exmarido chupetearle la herida, beber su sangre...

En realidad era un rasguño superficial de poca importancia. Melford estuvo cinco minutos chupeteando, escupiendo la sangre al arroyuelo. Luego fue al bien surtido botiquín.

—Aquí hay de todo...

Poco después le vendaba cuidadosamente y con destreza el hombro, hasta espolvorear sulfamidas sobre el rasguño sangrante. Ella estaba inquieta.

—¿Crees que ese hijo de perra haya envenenado su flecha?

—Cabe en lo posible. Ha sido mala suerte. De todos modos, no lo creo. Me habría disparado a mí. Ven, te podrás dar un verdadero baño en una hermosa piscina, con jabón y colonia.

La condujo al punto donde afloraba el agua. Le llevó una toalla seca, jabón y un frasco de colonia. Donna se desvistió veloz y se zambulló en el agua dulce y fría con un afrodisíaco placer. Su mente, ahora, estaba repleta de sensaciones de todo género. Miedo, odio, voluptuosidad, alegría, se le mezclaban en la sangre provocándole una gran efervescencia. Si la flecha estaba envenenada podía morir. Pero si no lo estaba, iba a desquitarse cumplidamente de todo lo pasado. Comida, bebida, una cama excelente,

televisión, luz eléctrica, música, libros, cigarrillos... Tesoros soñados hambrientamente durante diez meses, ahora a su merced. Todo lo que tenía que hacer era jugar con habilidad la partida con su exmarido, que acababa de demostrarle su talón de Aquiles...

Salió del agua exhibiéndose impudicamente en su magnífica desnudez y le buscó los ojos,

—Sécame. Y frótame con colonia. Como antes.

Él apretó levemente la boca, eso fue todo. Luego obedeció, con una docilidad silenciosa. Poco a poco, Donna estaba recuperando lo que había perdido a lo largo de los últimos diez meses. Cuando Melford hubo terminado, se sentía tremendamente excitada, a más de hambrienta.

—Llevas diez meses sin mujer. Ha debido ser duro, ¿verdad? Nos veías ahí fuera, acechabas todo lo que hacíamos. Pero te aguantabas. Debes estar tan hambriento de eso como yo de lo que atesoras en esta cueva.

Él le sostuvo la mirada. La suya eran dos brasas.

—Sí, así es.

Entonces lo tenía en sus manos... Alzando los bellos brazos, se los pasó por el cuello y lo sintió estremecerse, enrigidecer. Sintió también el quemante soplo de su aliento. Lo tenía en sus manos...

—Primero comeré y beberé. Estoy loca por una comida decente. Luego te daré lo que necesitas, todo lo que necesitas...

No volvió a ponerse nada encima mientras él alistaba la comida en el hornillo eléctrico. Una exquisita sopa de legumbres, carne picada en conserva, queso, frutas en compota, café... Husmeó así, de impúdica, todo cuanto había en la cueva, sintiéndose fresca, nueva, reconfortada, otra vez la Donna Martin que era. De paso, calculando todo. Había comida suficiente para algún tiempo.

—Para más del que estaremos aquí.

—¿Cuándo nos iremos?

—Dentro de dos meses. Ruskin y yo realizamos los arreglos cuidadosamente. Hay otra pequeña isla desierta a ciento veinte millas al norte-noreste de aquí, en ella dejamos un depósito de víveres suficiente para dos personas durante un mes. Tenemos oculto abajo un pequeño bote con motor fueraborda, donde solo caben dos personas y una lata de gasolina. A su debido tiempo, saldremos de aquí, aprovechando la marea alta nocturna y la luna llena, nos iremos a esa otra isla. Allí esperaremos a una goleta salvadoreña que ha de llegar entre dos fechas determinadas...

—¿Y si no llega?

—Llegará. Su patrón recibió diez mil dólares americanos en billetes de a cien partidos exactamente por la mitad, tendrá el resto cuando venga a recogernos y nos desembarque en el lugar convenido.

—Ya sabía yo que tendrías abierto tu camino... De modo que pensabas dejarnos aquí y regresar a los Estados...

—No. Ruskin arregló eso también. A cambio de mi ayuda, te incluía en el lote de los que íbamos a traer aquí, una vez él muerto yo debía permanecer en la isla hasta que se cumpliera el plazo previsto. En el Perú me aguarda un cuarto de millón de dólares a una falsa identidad que tengo perfectamente preparada. También tengo adquirida una pequeña propiedad junto al mar. No pensaba volver jamás a los Estados.

—¿Has pensado cómo cambiarás ahora tus planes?

—Sí. Aceptando quedarte conmigo te conviertes en mi cómplice. Antes de marcharnos mataré a todos esos, así te quitaré veleidades de mandar a por ellos. Tampoco te diré cuál será mi nueva identidad. Cuando lleguemos al Salvador, tendrás que inventarte una buena historia para la policía y tus amigos de la Prensa. Quizás te convenga recurrir a la amnesia. Nos han dado por desaparecidos en un naufragio, de modo que cuentas algo bien espeluznante, como dos o tres supervivientes sobre un frágil bote, una especie de balsa de Medusa. Luego ya no recuerdas nada, hasta que apareciste en cualquier playa perdida del Pacífico. Con dinero se puede encontrar gente que afirme y jure haberte hallado hace meses inconsciente y desnuda como Venus...

Donna escuchaba, y comía, saboreando sibaríticamente todos aquellos manjares que ya desesperó de volver a probar. Que su exmarido hiciera planes, luego ella haría los suyos, actuaría a su manera. Por ahora, lo importante era comer todas aquellas delicias, vivir cómodamente, escapar...

Creyó su historia. De hecho, él la estaba engañando con la verdad, salvo un par de variantes y detalles. Melford sabía que ella iba a creerle, que caería en la trampa, que su venganza se cumpliría hasta el fin.

Comieron mientras allí fuera los demás, atraídos por el disparo y luego por los gritos de Halloran, formaban un coro, de perros aulladores imprecándoles, suplicándoles, insultándolos, aporreando la recia puerta inútilmente... Luego, Donna se levantó y acercóse a aquella puerta, ahíta, satisfecha, feroz.

—¡Será mejor que no malgastéis vuestras fuerzas, muchachos! ¡Hice las paces con mi marido. Fraser ha muerto y me quedo a hacerle compañía, ahora vamos a acostarnos porque ya hemos comido! ¡Y qué comida...!

Se la describió regodeándose, añadió la descripción de todos los tesoros a que había accedido. Y luego, mientras allí fuera los que fueron hasta horas antes sus compañeros de infortunio sufrían torturas mentales indecibles gracias a sus explicaciones, se volvió a su sombrío exmarido y le sonrió.

—Ven, Bob, vamos a desquitarte cumplidamente de tu abstinencia.

Se amaron como tigres, de un modo realmente salvaje e intenso, horror de toda espiritualidad. Melford sabía que la muerte estaba allí, abrazada con ellos, también el máximo horror, la más total venganza. Por eso fue un

amante como nunca Donna lo conociera, como, desde luego, no recordaba él lo hubiera sido en el tiempo ya casi olvidado por ella de su matrimonio. Y como por su parte estaba muy contenta, muy excitada por las nuevas y espléndidas perspectivas que se le presentaban, procuró no quedársele atrás. Todo mientras allí fuera continuaba el coro miserable...

No salieron para nada de la cueva en los ocho días siguientes. No, porque allí fuera habían acampado, enloquecidos, los otros cinco y estaban al acecho como fieras hambrientas, con el arco y las flechas de Halloran. No, porque tenían mucho que hacer. Comer, beber, ver la televisión puesta a todo volumen, escuchar música, amarse salvajemente...

Melford parecía muy dócil, muy convencido de haber logrado su total cooperación. Incluso la llevó a recorrer el laberinto, indicándole cómo había marcado el camino para no perderse. Llegaron a la caverna fosforescente y Donna vio dos montones de tierra, dos tumbas. No podía saber que Fraser se había literalmente desintegrado, como no podía saber otra cosa. También Melford la condujo a la caverna del “lagoon” donde ocultaba el bote. Con eso terminó de convencerla. No le había mentado, iba a llevársela de nuevo a la civilización. Idiota... Si esperaba que iba a perdonarle todo lo sufrido en aquellos diez meses pronto se convencería de su equivocación. Desde luego no pensaba ayudar a aquellos otros de fuera, nada le importaban. Pero en cuanto se viera libre, Bob Melford, su exmarido, se las pagaría, vaya si se las pagaría..

La novena noche se durmió harta de comida, bebida y sexo, como un leño, acariciando sus propios planes, y durmió toda la noche de un tirón. Allí afuera estaba lloviendo torrencialmente, pero dentro de la cueva todo era comodidad. Los cinco que compartieron su ordalía habían tenido que marcharse, a refugiarse en su cabaña al otro lado del cráter. Debían estar acurrucados como salvajes, como animales, ateridos, sin fuego, sin comida decente, ni un mal trago de licor...

Cuando despertó ya era de día, allí fuera seguía lloviendo. Puerta y ventana estaban cerradas, pero Bob acababa de encender la luz y de llamarla, con una voz extraña.

* * *

—Donna...

Medio adormilada, se volvió hacia su cama. Le vio echado en ella, cubierto con su pijama, totalmente despierto, fumando. Y vio algo que la despabiló de golpe.

—Quiero enseñarte algo. Ven.

Ella se tiró de la cama inmediatamente presa de súbita alarma.

—¿Qué te pasa? Tienes un color rarísimo, pareces hinchado...

Él tenía una mirada muy intensa y un tono de voz muy

especial.

—Un color verde. Mira mis piernas, mis antebrazos; y fíjate. ¿Ves esas manchas de un verde más oscuro, notas como parece agrietarse la piel en sus bordes? He estado toda la noche con fiebre altísima, delirando. Ahora estoy tan débil que no me puedo ni levantar. Es el comienzo.

—¿El comienzo de qué? —le sonó ronca, tensa, la voz a la mujer.

—De mi final. Esto es una especie de lepra, Donna...

—¡No...!

Horrorizada, ella se echó atrás de manera instintiva. Melford rio, una risa sin alegría.

—Es inútil que huyas, aparte de que no puedes huir. Anoche, cuando noté que me llegaba la fiebre, oculté la llave de la puerta y clavé los cerrojos, si vas allí lo comprobarás.

Donna corrió allí, desolada. Y comprobó que, en efecto, los cerrojos estaban “clavados” de un modo muy ingenioso, utilizando tornillos especiales, la llave no estaba en la cerradura. A su espalda sonó de nuevo la voz amarga, sarcástica, plácida, cruel, de su exmarido.

—No podrás abrirla ni en tres días. Y para entonces yo estaré desintegrado.

Ella se volvió, crispada de horror, mirándolo con ojos dilatados.

—¿Desintegrado?

—Como el pobre Fraser. ¿Sabes? Era inocente, una buena persona, yo le traje creyéndole el soplón de lo que pasó en Inchón aquella noche en que me contaron cómo te acostabas con unos y con otros abiertamente. Tuvo una muerte horrenda, yo la presencié y mis cabellos emblanquecieron, envejecí diez años. Me faltó poco para enloquecer, luego descubrí que estaba infectado... infectado como tú lo estás ahora...

—¡No, no es verdad...!

—Sí lo es. Te he infectado de todos los modos posibles, chupando y ensalivando la sangre del rasguño de la flecha, haciendo el amor contigo, haciéndote compartir mis alimentos, poniendo nuestros cuerpos sudorosos en pleno contacto... Estás infectada hasta los tuétanos, Donna. De lepra verde. Y no puedes huir, estas últimas noches, mientras dormías ahíta; como una cerda, borré las marcas, y si tratas de llegar hasta el bote te perderás en el laberinto. Además, rompí a hachazos la quilla del bote, dejándole hundirse, y tiré el hacha al agua...

Ella, ahora, le miraba como si viese al mismísimo demonio, a la encarnación del máximo horror. Y comenzaba a sudar, desencajada.

—Lo hiciste adrede...

—Para que pagaras todo el daño que de ti he recibido, sí. Pero la lepra verde no estaba al principio en el plan. Ignoro qué la produce, tal vez algo de lo que vosotros comisteis, algún moho aquí dentro, la radiactividad en la caverna donde enterramos a Ruskin... Tampoco me importa, ya. Es

mucho más atroz de lo que puedas imaginarte, Donna. No duele, ¿sabes? No pierdes la consciencia. Fraser duró apenas cuatro días. Se fue deshaciendo ante mis ojos poco a poco, la carne, los tendones, Se le volvieron una cosa nauseabunda...

—¡Cállate!

—Te estoy preparando mujer, deberías agradecermelo. Hasta los huesos se deshacen al tocarlos. Poco a poco, las manos, los pies, piernas y brazos, el tronco, uno mismo se va viendo pudrir... Yo vi a Fraser, tú me verás a mí. Es inútil que intentes evitarlo, me verás. Y lo que veas es exactamente lo que dentro de poco te sucederá. Primero una comezón ligeramente incómoda, que dura unas cuantas horas y desaparece como vino, no volviéndose a presentar. Si es de noche, o estás a oscuras, notarás como cabezas de alfiler fosforescer ligeramente en tu piel. Son los mil ojos del diablo... Luego nada, incluso vas a sentirte con renovadas energías, llena de vida, alegre. Durará entre diez y quince días, a mí me ha durado justos dieciséis, al pobre Fraser ocho o nueve. Y luego te asaltará la fiebre, súbita y violenta, aniquilando de golpe tu energía. Cuando llegue la fiebre será señal de que ya estás podrida por dentro. Cuando termine estarás verde, como yo ahora. A las pocas horas comenzarás a pudrirte por fuera, primero las manos, luego los pies. Poco a poco, inexorablemente, sin que puedas hacer nada, porque ni fuerzas tendrás para coger algo con que suicidarte, como yo no las tengo ahora. Solo tu mente, y tu lengua, lúcidas, sueltas, espantosamente lúcida la primera, hasta el final...

Siguió hablando así, sin cambiar de diapasón, mientras Donna Martin, le miraba como miraría al máximo horror, sintiéndose irremediabilmente condenada, a una suerte muchísimo más atroz de lo que jamás se pudo imaginar.

EPÍLOGO

LLOVIÓ ininterrumpidamente cuatro días. Al término de ellos, salió de nuevo el brillante sol.

Donna Martin se subió despacio a la ventana, la abrió y miró a aquel sol directamente, como si su fulgor no le dañara los ojos. Pero no veía aquel sol ni tampoco aquel paisaje rezumando humedad. Solo veía hacia dentro de sí misma.

Cuatro días antes aún era una mujer joven y hermosa. Ahora era una vieja, con el cabello, tan hermoso, gris. Una mujer que había visto todo el horror del mundo y no lo pudo apenas resistir.

Estuvo mirando al paisaje largo rato. Luego, como un autómatas, descendió y fue a pararse ante el lecho que fuera de Robert Melford, su exmarido. Miró fijamente el nauseabundo montón encima de la sábana, una masa verdinegra veteada de un verde amarillento, pura podre, del todo irreconocible.

Era lo que quedaba de un hombre.

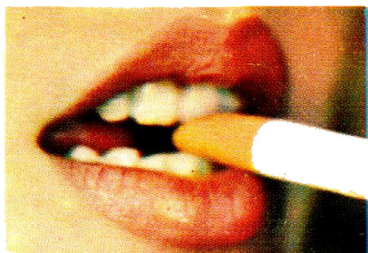
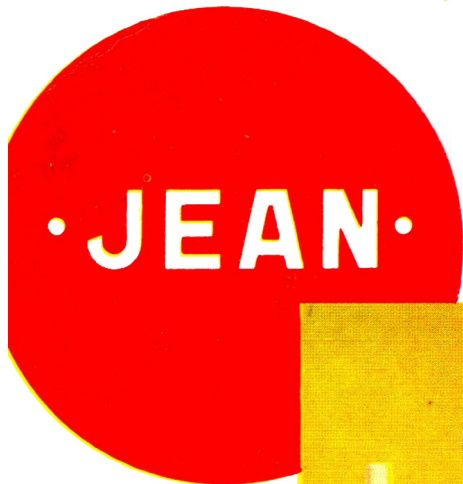
Donna Martin se estremeció. Luego sus labios modularon algo. Ella, que jamás hizo caso de ninguna religión, rezaba. A su manera.

Luego, siempre del mismo modo automático, giró, se llegó a la mesa, tomó la pistola que allí estaba, respiró hondo, la alzó, se metió el cañón en la boca y miró nuevo al nauseabundo montón de restos de lo que fuera un hombre.

Ella lo había visto morir, desintegrarse a lo largo ochenta horas atroces. No quería terminar así.

Apretó el gatillo y se destrozó el cerebro, cayendo como una muñeca rota, descoyuntada, al suelo negro y pulido de la cueva, por donde corrió en seguida su sangre, brillantemente roja, mezclada a pedacitos de la masa encefálica, hasta el rumoroso arroyuelo que partía la caverna en dos.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145- USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A. Ptas.

PINTO (Madrid)

12